

HVMANIDAD

ORIGENES Y OTROS POEMAS

POR BARTOLOME GALINDEZ

BIBLIOTECA HISPANO AR-
GENTINA - Bs. AIRES - MCMXXII

HUMANIDAD

OBRAS DE BARTOLOME GALINDEZ

POEMAS MODERNOS Y EXOTICOS. Poesías (1918).

LA VENECIA DORADA. Poesías (1919).

NUEVAS TENDENCIAS. Crítica (1920).

"ISABELITA", "LAS ROSAS BLANCAS", "EL CRIMEN DE LA CALLE CRAPTON", "EL SACRIFICIO". Novelas cortas (1921).

HUMANIDAD. Poesías (1922).

PROXIMAS:

"La Mujer", "El Camino de la Vida". "La Belleza". Ensayos.

"El libro de España"· Versos.

El "Quijote", compuesto en verso.

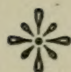
"Atila", "Al Motamid", "Catalina Cornaro". Tragedias.

"El Indice Divino", "La tienda de Néstor", "El tren rosado", "La Bestia", "Prosas nuevas", "El hombre primitivo". Obras de diverso carácter.

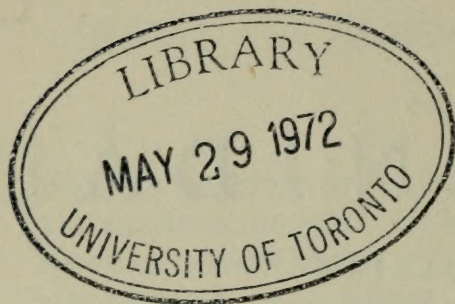
BARTOLOME GALINDEZ

HUMANIDAD

POESIAS



BUENOS AIRES
IMP. ARAUJO HNOS. — RIVADAVIA 1731
1922


LIBRARY
MAY 29 1972
UNIVERSITY OF TORONTO

INDICE

DEDICATORIA:

A LA REPUBLICA ARGENTINA

A ESPAÑA

SEPTIEMBRE DE 1922

ORIGENES

(CAOS)

Orígenes

(Caos)

Dios hizo al mundo; peró, ¿quién hizo a Dios? ¡Oh, Sol!
padre del viejo Cosmos, del espacio y del mar,
eterno caracol de oro, caracol
pastor de las estrellas.

Creó la hierba, la piedra, el grano y el metal;
preñó la tierra estéril y la civilizó.
Fué una mágica mano creadora y paternal,
e hizo la Naturaleza.

El hombre, larva al fin, se comenzó a formar
de la tierra y del agua. El antropoide resta;
Darwin fué un gran anciano loco de meditar:
¿quién hizo al mono?

El hombre de Trinit y el de Neanderthal,
son formas primitivas. Müller y Haëckel mienten;
Moisés era un buen viejo, pero escribía mal;
Prometeo era poeta.

Luego, las formas vagas de Egipto e Indostán,
la leyenda o la fábula de Escandinavia nórdica,
los orígenes de ese divino charlatán
que se llamó Mahoma.

Todo es un ejercicio de la imaginación.
La curiosidad habla y el silencio responde;
hay millones de años que ocultan la razón,
y el sol es la eterna respuesta.

El hombre es larva. Nace. Su transformismo empieza,
la morfogenia opera, la fisiogenia obra,
y el animal inmundo de salvaje belleza,
habla, razona, siente.

Y su dominio inicia sobre la tierra viva,
su inteligencia aumenta y su poder se impone;
animal superior tiene la frente altiva;
es rey de la creación.

Es sabio, es fuerte, es noble, es brutal y es creyente;
su temor al espacio, su admiración al mar,
su gratitud a la Naturaleza omnipotente,
le hacen pensar en un ser superior.

Crea, entonces, a Dios. Su temor hacia el mito
purifica su alma salvaje y pensativa.
Dios pasa a ser conciencia, misterio e infinito
y un juez oculto en la Naturaleza.

Y henos hoy, con el alma de obrero y de poeta,
reyes, mendigos, sabios — sufrir, amar, gozar —
vagando por la tierra de este enorme planeta,
hijo del Sol, sumo creador.

DIOS

Dios

Ciencia absoluta. Nadie penetró tu secreto,
¡oh, gran poder divino frente al poder humano!
Espíritu sin carne, pensamiento sin médula,
naces de lo invisible y tornas a lo arcano!

¿De qué viejo planeta hoy quemado, apagado,
brotas, sombra entre luces? ¿De qué lecho de fuego
partes ¡oh, Budha indio! y ¡oh Khononun egipcio!
y tú, Jehová moiseico, y tú, Júpiter griego?

Te amamos por temor y dudamos creyéndote.
Nuestra materia es simple, pero el gran pensamiento,
creador y poderoso, te forma, te modela,
te dibuja y, por último, te despedaza al viento.

¿Qué madre fué tu madre? Eres hijo de astros,
eres hijo de tierras, eres hijo de espacios,
o eres hijo de mares? La pregunta nos turba,
y la respuesta tarda muchos siglos reacios.

¿Eres una parábola de nuestra fantasía
o alguna realidad que vé nuestra creencia?
Sólo la gran Natura puede hablar por tus labios;
sólo ella nos responde. Y así, eres sólo Ciencia.

Para formar cien mundos, debiste ser muy grande,
y poniendo tu pie sobre nuestro planeta,
lo hubieras destrozado con tu peso divino...
¿Serás pasta invisible con alma de poeta?

Eres bondad en Sócrates y Platón y Aristóteles,
y, si Mosché te crea, hay alguien que te duda...
¿Y cómo no dudarte, genio intangible, abstracto,
si tu oído no escucha y tu palabra es muda?

Los pueblos te rendían homenaje de hinojos
y te ofrendaban, siempre, sacrificios anuales;
pero hoy te buscan, quieren tocar tu carne viva
y escudriñan, sombríos, los puntos cardinales.

Quizás muerto en la lucha con hombres y titanes,
yazcas en negro féretro de un planeta lejano,
lívido el rostro, triste la expresión de los ojos
y dirigiendo al mundo la acusadora mano.

Quizás yazcas inmóvil en medio de los soles,
trágico e imponente bajo un inmenso velo,
ya que todas las noches te velan las estrellas
encendiendo los negros candelabros del cielo...

TIERRA

Tierra

Tierra, madre fecunda de la ubérrima estirpe. Planeta
que entre el ritmo celeste del astro y el etéreo velo
eternizas la vida del hombre, ¿qué fuerza de atleta
te sostiene en mitad del espacio rodando en el cielo?

Eres madre común. Brindas trigo al triunfal Triptolemo;
das a Baco los pámpanos rubios y el fúlgido vino;
das a Venus la rosa y a Marte el acero supremo
que detiene la vida en sus pasos y rige el destino.

En tu vientre germina la hierba y el árbol dá fruto;
se coloran la flor vaporosa y el pálido grano.
¡Salve, esfera fecunda del hondo secreto absoluto,
barco aéreo y divino tripulado por el ser humano.

No detiene tu canto el vacío reacio;
giras rauda por sobre el abismo callado y profundo
bajo el sol, majestad que calienta el espacio,
y eres siempre el misterio que avergüenza al gusano del
[mundo.

¿Qué poder te creó? ¿Qué poder infinito,
incansable y ritual rodadora,
te hizo madre del hombre, del genio y del mito,
del gran Atlas potente y del tracio de frase sonora?

Tus montañas, tus mares, tus selvas, tus ríos,
tus desiertos inmensos, ¿qué creador de triunfal fantasía
formó? ¡Oh, Dioses! Renaced de los antros sombríos;
discifradnos el nocturno ébano y el oro del día.

Habla, Odin; habla, Khnonun; habla, viejo Vidnú del
[ritual Brahmaputra;
habla, Alah; habla, Zeus, que escuchamos callados y aten-
[tos.
Explicadnos el hondo misterio que quizás se nutra
de su mismo misterio. Las voces divinas las traerán los
[vientos.

Fecundidad

Fecundidad! Fecundidad! Fecundidad!
(Naturaleza que das bendecida
la respuesta de la Vida
a la Eternidad).

Y la tierra se preña
como un vientre fecundo,
y florece la dura peña,
y se multiplica el piloto del mundo.

El río sale de madre, hincha el mar,
forma lagos, deltas, y, en las primaveras,
llena las islas de verdor sin par,
cubre de flores sus riberas.

La selva fecunda revienta
de exuberancia portentosa.
En su seno se amamanta la liana opulenta,
el árbol gigante y la débil rosa.

La montaña dá su lava hirviente,
la mesopita, el azufre, el espodito,
el diamante resplandeciente,
el oro regio y el duro granito.

El mar engendra sus corales,
sus nácares, sus perlas finas,
sus esponjas, sus monstruos colosales
y sus mitológicas ondinas.

Hasta en el espacio, las nebulosas
se multiplican en el firmamento
al compás de las formas grandiosas
de los soles en movimiento.

Y la mujer sensual y felina,
escultora de la arcilla noble y vana,
da a la tierra por magia divina
la especie humana.

¡Bendito sea el vientre fecundo
por los siglos de los siglos! Bendito
sea el vientre fecundo y profundo
que da el germen vacilante entre el suelo, el cielo y el mito!

¡Bendita sea la fecundidad
de la tierra y del cielo también!
¡Bendita sea la fecundidad
por los siglos de los siglos! Amén.

HUMANDIDAD

Adan

De una sombra infinita nació el fulgor humano.
Fué el origen palpable de la humanidad nueva;
Dios colocó a su lado la indiferente Eva
y Satanás, los frutos del sensible manzano.

¿Quién, entonces, dió vida al mundo? La alta mano
de la Divinidad, o Tentación que eleva
y da la sensibilidad que se renueva
y el placer de multiplicarse ante lo arcano?

Dios, hizo hombre y mujer y, Luzbel, el pecado,
el divino pecado de ver multiplicado
el cuerpo en otro espíritu. Y creó más el suelo

que el espacio, la culpa que la más pura calma,
la bestia que lo etéreo y la carne que el alma:
Satán es nuestro padre, aún invocando al cielo.

Humanidad

Humanidad que pasará
y que se acerca al fin.
(Son grandes Zeus, Brahma y Jehová
y Alah, Memnon y Odin).

Prometeo era un escultor
universal
y en el Cáucaso murió de dolor
picado por el buitre celestial.

Ese es el fin que ha de llegar
para esta humanidad de negror
hija de la tierra y del mar
y del sol creador.

Somos pasta del viejo Korán
y de la Biblia y del Talmud
y de los Vedas
y del Confucio.

Somos tizones en un tul
y llevamos por la mujer,
en una mano una aurora azul
y en la otra un anochecer.

Sentimos en nuestro interior
un huracán
y una brisa que sabe a flor;
(¡oh las pasiones que abrirán

sus alas sobre nuestro ser,
y la dulzura de llorar
y la tristeza de saber
que meditamos para amar!)

Nacimos en un planeta que
tiene la negra maldición
de Caín, la risa de Astarté
y, por fin, la crucifixión.

Y vamos hacia el resplandor
de Jerusalén,
o hacia Sodoma, donde el Señor
posó sus ojos con desdén.

Y el manzano del puro Adán
nos da su impura tentación,
y María nos brinda un pan
blanco y casto como un vellón.

Y continuamos nuestro andar
bajo las estrellas sin fin,
sobre la tierra y sobre el mar
junto con Judas y Caín,

o con San Antonio y San Juan
bajo las estrellas sin fin.
(Las sienes emblanquecerán,
mas los labios son de carmín...)

Cristo

Padre de los martirios,
pedacito de luz
cuajado sobre lirios
colocados en cruz.

Dios, hombre y mártir. De Jehová a Adán y, de éste,
a Cristo. Todo el mundo en tres nombres sagrados
escritos en el suelo y en el aire celeste,
en los siglos futuros y en los siglos pasados.

¿Quién fué Jehová?: Un manzano. ¿Adán?: Un placer
[trunco.
¿Y Cristo?: Sed, la sed sin pecado ni halago,
la pureza del hombre derecho como un junco
y la conciencia limpia tranquila como un lago.

Su mirada en la tierra se dirigía al cielo,
y, siendo humano, era solamente divino.
Su mano dulce como un suave terciopelo,

se posaba en las llagas; y la raza judía
le crucificó; pero, contra el mismo destino,
enterraron su cuerpo, mas su alma subía...

VIDA

A JOSE INGENIEROS

Vida

Nuestra viña de oro da su vino dorado
y nuestra viña roja da su vino sangriento
Vamos por una senda de pureza y pecado:
una, la graba el mármol y, otro, lo borra el viento.

Caminamos absortos por el erial y el prado,
llenos de indiferencia, llenos de sentimiento.
No sabemos si vamos andando hacia el pasado
o si nos guía el faro del futuro sediento.

La emoción nos traspasa con su puñal de seda,
la sensación nos sigue como un clarín que rueda,
y vamos sin saber con nuestro patrimonio

por la tierra secreta que nos brindó el destino,
hasta que un día hallemos al final del camino
la cruz de Jesús o la corona de Antonio.

Vivir

Desde Adán hasta hoy, de Adán
hasta nosotros, hombres de esta edad,
pasaron muchos, pasarán
muchos por esta humanidad.

Y la tierra gira, y los astros
giran en el espacio en libertad,
rigiendo nuestra vida sus rastros
hasta la eternidad.

¡Oh, vivir alegre y doliente,
glorioso y pecador vivir,
sufriendo con arrugas en la frente
y la mirada en el porvenir!

Y ¡oh mujer!, rosa de costilla
de Adán, que nos da en el vaso,
la humana maravilla
y el dolor del ocaso.

Primero pasaron dioses severos,
luego los titanes, después
los gigantes y los paladines fieros,
y ahora nos toca nuestra vez.

El mundo se llenó de arcanos
y grandezas y arquillas de oro,
y pasaron los sentimientos humanos
en un huracán sonoro.

Babilonia alzó jardines de rosa y hiedra,
Rodas un coloso preclaro,
Egipto sus pirámides de piedra,
Grecia un gran templo y Alejandría un faro.

Pasó Menrod, el cazador
de hombres, y pasó el huno como un trueno,
y pasó Nabucodonosor,
y pasó el Nazareno.

Se alzaron Tiro, Cartago,
Atenas, Roma, Siracusa
y París, ante el hombre mago
hijo del dios y de la musa.

Hubo guerras, fiestas de lises,
hubo glorias aún redivivas,
días trágicos y felices
que habla el libro de los escribas.

Y murieron reyes enormes
y siervos de perfil inmundo:
Ante la muerte son uniformes
los hombres que caminan en el mundo.

Y pasó una generación fuerte
y vino otra generación,
y de nuevo se acercó la muerte
sin compasión.

II

Vivir esta vida sonora
con un amor, con un dolor,
hasta que nos llegue la hora,
Señor...

Tener un gajo de laurel
en las sienes, o manejar
la herramienta creadora y fiel
de edificar y de labrar.

Pulir nuestra alma en la emoción
de vivir,
y acostumbrar al corazón
a amar y a sufrir.

Encontrar en mitad del camino
una mujer
que nos de su miga y su vino:
el espíritu y el placer.

Guiar el ideal a la estrella
más lejana, proa al indefinible
puerto que nos habla de aquella
aventura de Jasón sensible.

Ser una rosa que perfuma,
humo de mirra y de musenda
que se esfuma
en la senda.

Ser la horizontal sensitiva
de Solimán y Bayaceto,
o el lirio de Ofelia pensativa
en Hamlet que escruta el secreto.

Gustar la miel sentimental
y la hiel de la angustia torva
hasta que muestre el Juicio Final
su cimitarra negra y corva.

Llevar en los labios la risa
y en el corazón el lloro,
ser en la piedra huracán, y brisa
ante el marfil, la seda y el oro.

Y un día, cansados y tristes,
ir al secreto superior,
a saber si es verdad que existes,
Señor...

Trabajo

Cantemos al trabajo que honra la vida activa
de la humanidad nueva. Cantemos a la altiva
frente del noble obrero que, hacha en mano gloriosa,
se abre paso en la selva virgen y melodiosa.

Cantemos al labriego de Eleusis: Triptolemo,
al marino que mueve reciamente su remo,
al minero que cava, al albañil que crea
y al obrero que azota los yunques de la idea.

Cantemos a la gloria del músculo espartano
como a la obra alada del espíritu griego;
cantemos, hombres somos, a la creadora mano
y a la pluma de Hugo, que abre surcos de fuego.

Cantemos al minero que penetra en la mina
con la frente orgullosa más brillante que el oro
que arranca de la piedra vibrante y argentina
bajo el golpe incansable del martillo sonoro.

¡Gloria a los hombres férreos duros como el granito,
a esas carnes humildes y a esas frentes grandiosas
que la creación alumbra con un beso infinito
y el progreso corona con un sueño de rosas!

¡Gloria a los hombres fuertes como la roca dura,
a los que no detienen y a los que nada arredra!
¡Gloria a los caballeros de la gran aventura
con la frente con rosas y las manos de piedra!

¡Gloria a los vencedores de la Naturaleza
que abren istmos y tienden sobre los mares puentes,
haciendo que los pueblos levanten la cabeza
y, amables, se saluden los cinco continentes.

A su poder se debe que los campos sombríos
se doren hoy de mieses fecundas y radiantes
al lado de las combas azules de los ríos
y los setos floridos y los prados verdeantes.

Ellos mueven los grandes y rudos Leviathanes
que atraviesan océanos llevando a viejos puertos
el saludo fraterno que apaga los volcanes.
Ellos secan los ríos y ellos pueblan desiertos.

Ellos mueven los grandes y rudos Leviathanes
uniendo las ciudades y uniendo las naciones,
ese mónstruo de hierro que es la locomotora
cuyo silbido alegra las nuevas estaciones.

¡Oh, gloria del trabajo! De Egipto a nuestros años
han pasado cien siglos siempre ascendentes. Todas
las pruebas se repiten, siendo ante ojos extraños,
más grandes maravillas que el coloso de Rodas.

Más grandes que las pétreas pirámides sombrías,
que los viejos jardines de Asirias fabulosas,
y que todos los faros de las Alejandrías
y que todos los templos y que todas las cosas.

¡Gloria al trabajo! ¡Gloria al trabajo fecundo
que la humanidad palpa cual su mismo destino!
¡Gloria al creador humano que levanta en el mundo
el pedestal inmenso del milagro divino!

Norma

Tengamos pura el alma y claras las pupilas;
cultivemos el árbol del jardín silencioso,
y pasarán las horas de la vida, tranquilas
en medio de la calma y del reposo.

No castiguemos nunca la carne sensitiva;
demos agua al sediento, demos pan al hambriento,
demos alma al que sufre, demos vida al que viva,
demos grano a la tierra y demos voz al viento.

Como Job caminemos, pensemos como el viejo
de la montaña, amemos como el Samaritano;
y, si Juventud pasa, el corazón añejo
sea el consejo sabio y el sentimiento humano.

Si nuestra carne es pura, nuestra alma será pura
y el manzano oloroso la cubrirá de aroma.
Será un loto azulado, lirio toda blancura,
rosa rosada y árbol de milagrosa poma.

Nuestra fe nos ayude a modelar la arcilla
del interior oculto que nuestro acto descubre.
No olvidemos que somos aquella maravilla
que llega, triunfa, goza, enmudece y se pudre.

Y cuando la gran hora temida y señalada
del Juicio Final llegue, nuestra cabeza irguiendo,
tranquilamente nobles y con la frente alzada,
al tribunal del cielo entraremos sonriendo.

La fuente

Camina, hijo del suelo, sin descanso camina
hasta que un día al lado de una fuente encantada,
el corazón te ofrende la mujer peregrina
que por tus ojos pasa aérea y perfumada.

El agua es fresca; incl´nate en la fuente argentina,
que en la copa de piedra y en el agua rosada,
hallarás la emoción fugitiva y divina
del corazón amante de la mujer amada.

Sumerge allí tu frente nublada y sudorosa,
empápate las sienes con esa agua de rosa
y, si un sabor amargo tu paladar repara,

mezcla tu sangre ardiente con el agua emotiva,
y la imagen de la ya madre y sensitiva,
en la fuente del alma se reflejará clara.

Sensibilidad

Es el busto de arcilla que responde al contacto
del dedo sensitivo, y es un fruto de aurora.
Su sabor nos penetra al corazón intacto;
nos da la hora bruna y la soñante hora.

¡Oh, mujer! Polo eléctrico del universal acto,
arca de sensación, que la carne atesora,
riqueza de emoción en el divino pacto
del amor que dibuja y el placer que colora.

Es Lingamo que ruge y es Dionisio que canta,
es el Júpiter cisne y es la Venus que encanta,
es Popea que ría y es Ofelia que llora,

es el celeste ritmo que el corazón condensa,
es la tormenta alada de la ambición sonora,
y es la sangre que siente y es la frente que piensa.

Pasiones

Judas era ambicioso: vendió a Cristo. Caín
por envidia mató a Abel. El Universo
continúa fatal acercándose al fin;
y todo es sangre.

Pasiones que se acercan, pasiones que se van,
pasiones que retornan. y nada más. Un día
nuestras carnes culpables no nos responderán;
¡y todo será sangre!

La conciencia nos habla al oído leal,
y, pudiendo ser puros, preferimos ser malos:
rechazamos el bien para aceptar el mal.
Nuestra alma es hija de la sangre.

El viejo corazón, el noble corazón,
cuyo ritmo olvidamos, nos recordará triste
que la carne doliente fatiga la razón.
¡Y todo será sangre!

Morderemos los puños que clavaron en cruz
a Cristo, y la paloma del espíritu santo
con sus alas de nieve nos cubrirá a Jesús;
¡y todo será sangre!

Fatigados y viejos tendremos sed de bien:
pero ya será tarde, pero ya será tarde.
Iremos a Sodoma, creyendo ir a Belén
¡y todo será sangre!

¡Y todo por el amor de una mujer!

Vivir una vida de dolor
y de ambición,
y ver la frente sin color,
sentir sangrar el corazón...

Buscar un imposible edén,
sufrir la angustia del querer,
tener un infierno en la sien...
¡y todo por el amor de una mujer!

Ambicionar un algo que
nos lleva en contínuo vaivén
hacia el fatídico Ananké...
¡Y todo por el amor de una mujer!

Caer en la invisible red
de la angustia que nos hace saber
el martirio de la sed...
¡y todo por el amor de una mujer!

Llorar con los ojos sin fe,
buscar sin descanso el placer,
rasgar los velos de Astarté...
¡y todo por el amor de una mujer!

Cultivar la emoción, vivir
soñar, llorar, sufrir, querer
y a veces anhelar morir...
¡y todo por el amor de una mujer!

Vanidad

La vida es mala, pero, la tornamos malvada;
nuestra vanidad tiende a arcillarla en sus manos,
y la vida se escapa por los dedos profanos,
cada vez más oculta y extraña e inviolada.

Escultores audaces de su pasta ignorada
pretendemos ser. Sólo seremos unos vanos,
y, esculpidos por ella, iremos, puritanos
con los ojos sombríos y la frente nublada.

Dejemos que ella pase bajo el rosal con rosas,
bajo la yedra obscura o bajo la vid verde;
no miremos que bate sus alas caprichosas,

ni orientemos sus pasos, ni desviemos su senda,
porque el que va tras ella sin hallarla se pierde,
y la vida lo empuja, y la noche lo venda...

Hospitalidad

(Los dos llamados)

Por un país lejano, fragante y argentino,
apoyado en su báculo iba un viejo divino
de barbas como nardos y manos arrugadas,
pero sus ojos hondos brillaban como espadas.

Venía de la tierra sagrada de Judea,
de las montañas pálidas de la blanca Idumea,
de Samaria olorosa, y traía el aroma,
en su voz, de Archelais y Gadara y Daroma.

Le vieron caminar los hombres del desierto,
le vieron pensativo al lado del Mar Muerto,
y, cuando fatigado al fin se detenía,
hubo más de un beduino que agua y pan le ofrecía.

Una tarde florida, el anciano contuvo
sus ansias de camino, y la marcha detuvo
frente a un gran monasterio de murallas ruinosas.
que mostraban sus piedras obscuras y musgosas.

Golpeó el peregrino a la puerta marcada
por una cruz de bronce, y una voz apagada
pero ronca le dijo desde adentro: — ¿Qué quieres?
—Descanso — respondióle el viejo, — los placeres
no calientan mi sangre.. Soy sólo un peregrino
que golpea a tu puerta, cansado del camino.
—Sigue, buen vagabundo y que Dios te bendiga.

No es esta casa venta, ni taberna, ni amiga
casa de los errantes hambrientos.
—Pero, hermano,
mis rodillas se doblan — le respondió el anciano.
He caminado toda la noche y todo el día.
No he probado bocado ni he bebido. Querría
que me dieses descanso: Dios te lo pagaría.
—Hermano, continúa tu camino. No es esta
casa de vagabundos; y la voz no contesta
más y el viejo callado después de un breve instante,
prosigue su camino sediento y vacilante.

Al rato de marcharse el viejo, de la umbría
selva, brota un guerrero que en hierro relucía.
Es un soldado nórdico como un dios de la guerra,
y al paso de su potro se estremece la tierra.
Le siguen rudas tropas como águilas de muerte
y en su espada se apoya su mano negra y fuerte.

Llega hasta el monasterio y, al fijar sus miradas
en las viejas murallas musgosas y sagradas,
se le llenan de sangre los ojos, cual si un rayo
se los iluminara. Patea su caballo
entre la hierba mansa, y el sombrío guerrero
sobre la rienda hace un ademán de acero.

Llega a la puerta donde brilla la cruz de bronce
y la contempla; luego se sonríe y entonce
con su puño titánico golpea, y al instante,
la misma voz que habló le pregunta arrogante:
—¿Qué quieres?
—Entrar.
—Sigue.
—Abreme!
—Sigue, hermano.
—¡Abreme, por la muerte de tu raza, cristiano!
—¿Quién eres?

—Soy un hombre.
—¿Quién eres?
—No te importe.
Sabe sólo que vengo de las tierras del Norte.
—Vuelve entonce a tus tierras, altivo vagabundo
—Monje, todo obedece a mi voz en el mundo.
Abreme, pues sino...
—¿Y una cruz no te enerva?
—¡Do mi caballo pisa, nunca crece la hierba!

Temerosa, la voz de adentro se hace suave:
—¿Dices que eres del Norte? — pregunta.
Y la voz grave
y sombría responde. — Sí, ¡ábreme!
—Pero, hermano...
El soldado, impaciente se vuelve; con su mano
hace un rudo ademán. Se acercan los guerreros
a la puerta y golpean sus herrados maderos.

Adentro se oyen gritos de temor.
—Pero al fin —
dice la voz que habló, — dime hombre o paladín
quién eres.
Y el soldado de sombría pupila
contesta como un trueno:
—Abreme: soy Atila...

No bien habló el rey huno, cuando ya se entreabría
la puerta, y su caballo adentro se metía...

Amor

Ten el vaso en las manos temblorosas
y apura, gota a gota, el contenido;
respira la fragancia de las rosas
y empapa el labio en el licor de olvido.

Canta el cisne en las islas armoniosas,
¡oh, viejo Zeus y oh, joven Sigfrido!
y el viento trae alas olorosas
como llegado de un país florido.

Apura, apura ese vino encantado
donde palpita un pétalo rosado
en el engarce de una estrella;

arroja luego el vaso,
y verás en cada pedazo
brillar el rostro sonriente de ella.

El pensamiento

Mi pensamiento vuela donde mi carne aspira
a través del espacio, de la tierra y del mar;
descansa, torna o gira
en el vértigo inmenso de un ave colosal.

Fenómeno celeste de la materia, extraño
fenómeno científico o del alma inmortal,
sin distancias ni vallas y sin más desengaño
que el entornar los ojos de la realidad.

Todo lo que comparo, todo lo que deseo,
todo lo que dibujo en mi imaginación,
todo, todo poseo;

y no en vano, pues llena mi frente de ilusión
infinita, adivino que la ambición que leo
en ella, es como un águila que está mirando al sol.

Klepsidra

I

Cada vez que los ojos
al pasado se vuelven,
sonríen pensativos
o se anubla la frente.

Nuestra existencia deja
donde va su simiente,
una rosa que aroma,
una ortiga que hiere.

Y el pasado es la sombra
que va tras el presente.

II

Generación que viene,
generación que pasa,
y siempre el odio oculto,
siempre el dolor que manda.

Camino de la vida,
caminito de zarzas,
y un pino que da sombra
y un manzano manzanas,

y una encina reseca
que nos mendiga lágrimas.

III

A veces el espíritu
de sangrar se fatiga,
y la materia joven
ve alejarse la vida.

Tenemos en el alma
una hoja damasquina
con la savia del cuerpo
teñida

¡y buscamos la muerte
que hace dulce la vida!

IV

Ambición de ser todo
en realidad de nada:
Héroe, la muerte espera;
estudioso, te castras.

La vida de los hombres
— no hablo de bestias tantas, —
está llena de sueños,
y la tierra es su almohada;

pero el lecho es la tumba
donde todo se acaba.

La verdad

¡Tanto camino andado para tornar al punto
de partida!
¡Tanto luchar en vano
por un poco de vida!

Diamante, oro, ceniza...
Somos como un puñado del prodigio divino,
un gajito de rosas colgado de una estrella
donde alumbra la incierta lámpara de Aladino.

Una gran claridad apenas si nos muestra,
y una pequeña nube nos oculta el camino.

DOLOR

A D. LUIS PARDO

Dolor

Las campanas de bronce entristecen el día,
y Ofelia pasa en medio de su rosal muriente;
pone sobre el sepulcro su leve mano fría
y desfallece blanca y silenciosamente.

En el Gólgota reina una calma sombría.
Sólo se escucha el paso de los guardias. Silente
llega una mujer pálida: es la vírgen María,
y hunde, bajo la cruz, en el polvo su frente.

Dolor, sutil aguja que el alma nos traspasa,
que nos llena de lágrimas la mirada insensible,
que nos venda los ojos mientras su visión pasa

y nos arroja en medio de un hondo torbellino;
es como la respuesta del destino impasible
a la esperanza humana nacida del camino.

El canto de las frentes

¡Gloria a las frentes coronadas de sol!
¡Gloria a las frentes coronadas de azur!
Unas, buscan el oriente tornasol,
y, otras, encuentran la obscuridad del sur.

Símbolos de la humanidad fiera,
llanuras del espíritu audaz,
se inflan de ideas como una gran bandera,
y son una Biblia de paz.

Dominan la ambición de la pupila
y se hunden en las nubes. (No palpes,
¡oh, emperador que te llamas Atila!
la gloria que descansa en los Alpes).

Son negras como el ébano visto
en la noche, y son blancas como un salterio:
tienen la tristeza de Cristo
y tienen la crueldad de Tiberio.

Brillan vestidas de albas galas
como un astro de oro pulido,
y de otras, como obscuro nido,
sale un buitre batiendo alas.

Unas son como dura piedra
y otras son de piedras preciosas.
En unas, se enmaraña la hiedra,
y, en otras, se entrelazan las rosas.

¡Oh, frentes de los conquistadores
que dan al viento de las montañas
coronadas de laureles y flores
y hazañas!

¡Oh, frentes de los poetas, frentes
pálidas llenas de sueños vagos,
pensativas al lado de las fuentes
y a las orillas de los lagos!

¡Oh, frentes de los sabios! Gruta
adornada de sabia nieve.
(La mano toma la cicuta,
la frente piensa, el labio bebe).

Y ¡oh, frentes de torvos tiranos
ensombrecidas y ensangrentadas
por el contacto de las manos
que manejan infames espadas!

Frentes, espíritus votivos
en el camino de la Omega,
¡oh, blanca frente de mujer griega
coronada de frescos olivos!

Frentes de Friné y Aspasia
como un helénico estandarte
con el que se civiliza el Asia
y con el que revive el arte.

Estatuas de Grecia florida,
Dioses, héroes, jóvenes de Atenas,
en vosotros era la vida
un vino de juveniles venas,

Estatuas de Roma potente,
Césares, cónsules, centuriones,
en vosotros era la frente
un ala abierta sobre las naciones.

¡Gloria a ellas! ¡Gloria a su blancura,
águila de los pensamientos
que arroja toda su locura
al cielo a los mares y a los vientos!

¿Qué poder se opone a su paso
y qué luz resiste su vuelo?
Con ella el hombre monta a Pegaso
y es héroe en dirección al cielo.

Con ella medita Menandro,
con ella conspira Filipo,
y con ella vence Alejandro
en Grecia, en Persia y en Egito.

El genio crea: Cuando inclina
el Dante su cabeza gloriosa,
brota Beatriz como una ondina
del cáliz húmedo de una rosa.

Homero hacía de ella un mundo,
y Platón hizo un astro de ella.
(La frente es como una estrella
y el alma es un barco errabundo).

Y sin embargo, sin embargo
en esa ciudad amurallada,
en ese camino eterno y largo
donde el alma está recostada,

una virgen desnuda llora,
un monje eternamente ora,
un dios estremecido implora,
un rosal blanco se desflora
en nuestro interior:
y es el imperio del Dolor.

Y las frentes blancas y suaves,
las frentes rudas y altaneras,
poderosas como banderas
se cubren con arrugas graves
cuando el monje pálido ora,
cuando la virgen desnuda llora.
¡Y es el imperio del Dolor!

No hay mendigos ni poderosos,
ni reyes, ni conquistadores,
ni boyeros, ni pastores,
ni poetas, ni pensadores,
que no sientan la rosa triste
que se deshoja en su interior.
¡Y es el imperio del Dolor!

El hombre fuerte
que rió en la hoguera de la muerte,
que sonrió ante los huracanes
de los montes, que escrutó los volcanes
sin estremecerse, que oyó los fatalismos
sin temblar, que contempló los abismos
frío y callado, que luchó potente
contra el sol y la lluvia inclemente,
contra el mar, la nieve y el frío,
envejece mudo y sombrío
como el árbol del bosque umbrío
que resistió siglos eternos
desoyendo la tempestad,

y que, minado de humedad,
se dobla enorme y humillado
como un titán crucificado
en el monte de un planeta apagado.
Así el hombre fuerte y soberbio
con la altiva frente arrugada,
es una rosa deshojada
en una frente sin color
ante el imperio del Dolor...

El hombre que miraba la luz...

Era un hombre que miraba la luz
intensamente, intensamente.
Era un hombre que miraba la luz
fijos los ojos y arrugada la frente.

Venía de un país lejano,
de un país lejano y ardiente,
y miraba la luz
intensamente, intensamente...

Tenía ese hombre el rostro pálido,
los ojos negros y el mirar mego;
tenía ese hombre el rostro pálido,
pero sus labios eran de fuego.

Nunca le vieron sonreir;
era pensativo y silente,
y miraba la luz
intensamente, intensamente...

Hablaba de Dios con los ojos;
era sombrío y misterioso.
Le veían pasar,
siempre pensativo y silencioso.

En los puertos, con los ojos tristes
y sombríos,
miraba fijamente
las proas de los viejos navíos.

Quizá en el alma de ese hombre
pálido y de mirar mego,
florecía
un lejano país de fuego.

Siempre silencioso y sombrío,
siempre misterioso y silente...
Era un hombre que miraba la luz
intensamente, intensamente...

Ananke

¿Qué signo es esta cruz, Señor
para empañar el corazón
del viajero del país del sol?

¿Qué signo es esta cruz, Señor,
para volcar sobre la flor
una lágrima la ilusión?

¿Qué signo es esta cruz, Señor,
para que se apague la voz
y se desangre la emoción?

¿Qué signo es esta cruz, Señor,
para que llore el corazón,
gota a gota sobre una flor?...

Resignación

El destino nos lleva y el orgullo resiste.
Somos granos de polvo que sin fin mueve el viento;
y vamos por la vida con nuestra carne triste,
sonriendo y con el alma llena de sufrimiento.

La alegría nos tienta y el dolor nos asiste,
la viña nos da su uva con arranque opulento,
y la uva su vino de oro dentro el que existe
una mujer de carne y mitad sentimiento.

¡Oh, temblor de vivir la doliente tristeza
de Job, de alzar los ojos e inclinar la cabeza
sobre las manos pálidas!... Y la luz roja y vívida

que ilumina la equis del brumoso destino,
hasta que un día hundamos al final del camino
en el polvo llorado, la pobre frente lívida.

La sed dolorosa

La sed, apolonida, te será grata un día
cuando el oasis calme esta sed que te agobia.
En el amor será la visión de una novia
y en la vida, el almendro fragante de alegría.

Sé el peregrino eterno del desierto de arena,
el rubio peregrino
de mirada con sueño... Sé el marino, y la antena
florecerá de astros, peregrino y marino.

Mas, si un día el camino te da bajo palmeras
en flor, eterna fuente, si el mar te da riberas
y una isla dichosa, rechaza su tesoro:

Sufre un poco de sed, pues la sed nos aviva,
que un día ante tus ojos pasará, pensativa,
una mujer de lirio con una ánfora de oro.

La tristeza sútil

Esta dulce tristeza de saberme sutil,
de pasarme una mano sedosa al corazón,
de volcar el aroma de una rosa de abril
en mi alma rosada por fragante visión;

Esta dulce tristeza de saberme sutil,
de pasarme en la frente su mano de algodón,
de verter en mis sueños una calma infantil
y cerrarme los ojos con alguna ilusión.

Y este torvo dolor, y este torvo dolor
que me baña las manos enfermas de temblor,
que me cubre de suave y de honda palidez;

y esta pobre tristeza vergonzosa de sí,
que pasa a mis espaldas, y se aleja de mí
con la mirada baja y en puntillas de pies...

El dolor altivo

Inquietud dolorida,
dolor de ver mi frente
en la mano escondida
melancólicamente.

Y la vida que pasa
sin gozarla, y se aleja
ocultando en su gasa
la aguja de la queja.

Que el destino me guíe
el corazón implora.
(La mirada sonríe,
pero el interior llora).

¡Oh, dolor de ser fuerte
de ser piedra y ser nada
contemplando la muerte
sin bajar la mirada!

Manzanar emotivo
de la vida, da fruta
a este dolor altivo
brújula de mi ruta.

Manantial emotivo,
da agua a la sed ardiente
de este dolor altivo
que me quema la frente.

Aguila, azota fiera
mis sienes orgullosas
como una gran bandera
de lágrimas y rosas.

Mar, trágame en tu seno,
que, hacia tu torbellino,
iré firme y sereno,
¡oh, el abismo divino!

Ve alargándote, llama,
e incéndiame en tu hoguera;
ceniza desparrama,
viento, por la pradera.

Soles de la montaña,
quemadme en una cumbre;
selva, hacedme maraña;
leños, hacedme lumbre.

Piedra, hacedme canteros.
Dolor, nunca verías
mis ojos altaneros
cual los de Jeremías.

Mas no impido con eso,
tener sobre mis hombros,
un más enorme peso
que me llevará a escombros.

¡Oh, dolor de ser fuerte,
mientra el dolor se eriza,
y de esperar la muerte
con alguna sonrisa!

Una mujer

Esta mujer que pasa por mis ojos cansados
como el ala de sueños de un país de ilusión,
esta mujer que clava sus ojos azulados,
en mis ojos, y entra toda en mi corazón;

Y esas manos fragantes, y esos labios bañados
por la gota de luna que vierte mi emoción,
y ese temblor de lirios de sus brazos nevados,
y ese temblor de nácar de su nuca de Albión,

hacen que mi cabeza se incline silenciosa,
que mis manos sostengan la frente cavilosa,
y, cual nueva Judea del pecado de amar,

crucifican mi alma a un platónico anhelo.
como un sueño clavado en el azul del cielo
o una esperanza atada en la mitad del mar...

El mísero

Ese que se arrastra doliente
hacia la bruma del futuro,
que tiene una arruga en la frente
y que tiene el paso inseguro;

ese peregrino moderno
de las ciudades populosas,
que vaga hacia el descanso eterno
sin haber deshecho sus rosas;

ese que hoy no sabe del mundo,
ni de pasiones, ni de gloria,
ese guiñapo vagabundo
que se arrastra, tiene su historia:

Era joven y bello y fuerte,
y amaba la vida florida,
y se reía de la muerte
con los ojos llenos de vida.

Supo de banquetes romanos
y de los placeres asirios:
(En cada una de sus manos
tenía un puñado de lirios).

Amó a una mujer sensitiva
de carnes rubias y rosadas,
con una frente pensativa,
cielo de Italia en las miradas.

El amor le daba su vino,
la voluptuosidad su tesoro
(El Tiempo era un reloj divino
y la Vida era un patio de oro).

Y de pronto las dolorosas
visiones y el despertar brusco
(Sobre el oro de las baldosas
cayó su alma como un pedrusco).

Se vió solo, cual bajo un sueño
en un arenoso camino
sin las palmas del kabileño
ni los oasis del beduino.

Y vagó, paria y dolorido,
por tierras sombrías y extrañas
con el espíritu dormido
y un clavo negro en las entrañas...

Y allá va, pálido y silente,
hacia la niebla del futuro
con una honda arruga en la frente
y el paso débil e inseguro,

bajo el sol y bajo las lluvias,
ese paria que en él aviva
una mujer de carnes rubias
y de mirada pensativa.

Nueva ofelia

Estabas en su alma dormida,
te balanceaba en una cuna
de seda florida,
¡Oh, mujer de lirio y de luna!

Estabas en su alma dormida,
olorosa como la tierra
de Samaria. Olías a mirra encendida,
perfumabas como una sierra.

Entre tus dedos apretabas
un puñado de rosas. Eras
una música de marabas
en un patio de bayaderas.

El era fuerte, grande, altivo;
movía un pueblo su voz ardiente,
pero vencía pensativo
en tus faldas su noble frente.

Mas la vida es un débil barco
que la mareta azota, impela
e injuria. Desplomóse tu arco,
quebró el timón, cayó la vela.

Y te alejaste como una ola,
como un sueño, como una espuma.
¿Qué queda hoy de esa alma sola
¿Qué queda hoy?: Recuerdo y bruma.

SANGRE

Para D. CARLOS VEGA BELGRANO

Sangre

Nacimos para amarnos. Hermanos somos: pero
la ambición nos arroja a un luchar fraticida.
La mano, ayer cordial, empuña hoy el acero;
la mirada afectuosa se torna ensombrecida.

Desde Caín a Borgia, cruzan nuestro sendero,
sombras fatales, sombras que enrojecen la vida;
y al dolor interior, a veces justiciero,
se une el dolor del cuerpo con la mortal herida.

Y la muerte se allega a las visiones cruentas
que empurpuran el cielo de estandartes y espadas
en medio de un enorme sonido de tormentas.

Clamor, clamor brutal de pasiones odiosas
que Dios mira, y silencia desviando sus miradas.
(Judas sonríe ahora desde un montón de rosas).

Los poderosos

Jerges, eres coloso. La Asia Menor te ama;
azotas el Océano inmenso con tus bridas;
mandas millones de hombres. Tu paso es una llama.
Te venció Cimón, pero has vencido a Leonidas.

Alejandro, eras grande. Tus huestes poderosas
vencían. Fuiste rey de Egipto, Persia y Grecia.
Los soldados te amaban. Las mujeres hermosas
te amaban. Dominaba todo tu mano recia.

Scipión, fuiste grande. Aníbal, eres grande.
Todo tiembla ante tí, hasta la enorme Roma.
El corcel de los Césares piafa cuando resplande
tu casco; tiembla el Alpe si tu penacho asoma.

Julio César, soberbio emperador romano,
tu poder fué un prodigio, la tierra tu tributo.
De Bizancio a las Galias gimió el mundo en tu mano;
hasta fuiste glorioso bajo el puñal de Bruto.

Carlo-Magno, rey franco, tu caballo resopla,
y los pueblos se humillan ante su gran vagancia.
Donde tu bandera inflas y la trompeta sopla,
el sol no tiene noche en el cielo de Francia.

Carlos V, señor de España, el Rhin y Flandes,
el laurel no se seca en tu sien de guerrero;
hasta tuviste un día bajo tus botas grandes,
el penacho dorado de Francisco I.

Napoleón, césar, rey, emperador, tu tropa
ganó lauros bastantes para cubrir el Sena.
Nadie te venció: fué el destino. La Europa
aun oyó tus rugidos, titán de Santa Elena.

Todos fuisteis gigantes. Los montes y los ríos
las selvas y los campos os vieron pasar fieros
llevando trueno y llamas en los ojos sombríos
al frente de las férreas columnas de guerreros.

Los Alpes os recuerdan. El Liger no os olvida.
El Rhenus tiembla aún. El Asur y Aquitania,
se estremecen, temiendo veros aún con vida.
Narbona llora y, Galia, gime al igual que Hispania.

Mas, cuál fué vuestra gloria, reyes, emperadores,
cónsules, capitanes? Matar, llenar el mundo
de cadáveres, pasto de los buitres, de horrores,
de llamas y dolor, de llanto gemebundo.

Tú, Alejandro, creaste; mas mataste, incendiaste:
Persépolis aún arde. Clito te veneraba
y tú lo asesinaste.
Por Persia, donde ibas una mujer lloraba.

Tú, César, fuiste noble; pero tu mano llena
de laureles, también mataba. Tú, rey franco,
fuiste a España silbando y volviste con pena,
y estaba todo rojo tu buen caballo blanco.

Todos llevásteis hombres a una carnicería,
y eso, reyes, es grande, no hay duda, pues, si anhelo,
con todos esos cuerpos formar ahora podría
una montaña humana que llegaría al cielo.

Fuistéis, también, amigos de los gusanos. Fuistéis
amigos de las larvas, reyes de los humanos.
Manejásteis el hacha con maestría, y no visteis
que seríais, también, almuerzo de gusanos.

Y eso es gloria, eso es gloria. Arrojar luto y llanto
por pueblos, por ciudades, por aldeas tranquilas
y tender al vencido un cresponado manto.
Reir con lauro en las sienes y sangre en las pupilas.

Reyes, os admiramos vuestro valor, amamos
vuestro sol y aplaudimos vuestro paso potente.
Vuestras grandes conquistas a veces envidiamos,
y nos asombra el águila que os anida la frente.

Pero amamos a un hombre pálido y peregrino,
a un hombre puro y dulce como una oveja, bueno
como un pájaro, grande como ningún destino,
un hombre que los hombres llamaron Nazareno.

Los siete hermanos

Eramos siete hermanos
y vivíamos en un valle.
Amábamos a siete pastoras
de pelo rubio y ojos suaves.

Eramos siete hermanos
y vivíamos en un valle
bajo los montes azulados
por la sonrisa de la tarde.

Vivíamos felices
en la calma del valle
amando a las siete pastoras
de pelo rubio y ojos suaves

Pero un día vino la guerra,
y abandonamos nuestro valle,
y al irnos, con los ojos húmedos,
volvimos las cabezas graves.

Y murieron mis seis hermanos
con las frentes llenas de sangre,
y yo retorné pensativo
al valle.

Y murieron las seis pastoras,
sobre el pecho las manos suaves,
y una me esperó silenciosa
en medio del valle.

La besé en los párpados tenues,
y me miró con ojos graves,
y nos fuimos hacia los montes.
(Lo demás sólo Dios lo sabe).

Eramos siete hermanos
y vivíamos en un valle...

La peste

Cuando resopló huraña la renacida fiera
en los valles floridos y en los campos suntuosos,
huyó de la floresta la joven primavera
dejando el velo en manos de un grupo de leprosos.

El aquelarre inmundo animó la pradera,
y la peste, guiñando sus ojos espantosos,
trajo una danza bárbara en que por vez primera
se vió a los esqueletos danzar vertiginosos.

La peste avanzó negra, sombría... Nadie pudo
poner valla a su roce ni a su aliento un escudo.
Avanzó inexorable. Fué como una tormenta

de lodo y de gusanos... Y los hombres caídos
a un lado de las cuevas, con los puños mordidos
clavaron en el cielo la mirada sangrienta.

Los guerreros

El paladín — Siglo XIII

Ese es un héroe. Todo vence. Pasa
como un trueno de hierro. Su violenta
cólera es sacrosanta. En él asila
el bronce, el fuego, el cielo y la tormenta.

Va siempre solo en su caballo blanco.
Como Amadis sabe rendirse a Oriana:
es suave, es sensitivo, es caballero
y es imponente. Donde lucha, gana.

Le llaman paladín. Su dios lo lleva
esculpido en el pecho. Se diría
que es justicia divina humanizada
por los fueros de la caballería.

Vuelvo a decir que es con su dama amante
y sutil como un paje. Lucha y ama.
Es un príncipe manso como un niño,
pero es un trueno que se desparrama.

El Egipto, la Persia, Italia, Hungría,
le vieron cabalgar por horizontes
horribles. Le miraron los abismos
proyectando su sombra entre los montes.

Ahora viene de Tracia. Allá relinchan
los centauros y está a su gusto. Engaña
el hambre del bridón acariciándole
las crines con sus manos. Va a Bretaña.

Su paso hace temblar a las montañas.
Le cobijan los bosques. Los sencillos
campesinos le aman. Cuando llega.
las trompetas asordan los castillos.

El Danubio y el Elba le miraron
en medio de los bárbaros. Vencía
siempre solo y tremendo y poderoso
en Alemania, en Francia y en Hungría.

Envuelto en polvo, sudoroso, enorme.
se agitaba como un alud de acero.
La espada alegremente daba al viento
su silbido de muerte justiciero.

Y continuaba errante su camino
sin Sur ni Norte, olímpico y sereno,
con los ojos dormidos de distancias
y con los puños apretando el trueno.

Su lanza, que es más fuerte que la lanza
de Carlo-Magno, va dichosa andando
en ese paladín como Eviradnus,
grande como Oliveros y Rolando.

. Le agradan los peñascos, pues anidan
los hoscos buitres, y él los busca. Espera
que sus ojos le miren, y desnuda
la espada, mientras baja la visera.

Sus ojos dan relámpagos. Ondea
su penacho dorado. Fulgurante
echa rayos su cota en las cavernas:
al mirarlo se piensa en un gigante.

En él se arremolinan las leyendas
nórdicas, los clarines, los aullidos
y los dioses. El paladín de hierro
pasa y tiemblan los reyes escondidos.

Su marcha es lenta y trágica. Lo envuelve
la bruma de Bernard. El sol lo dora,
la noche lo hace más terrible. Duerme
poco: está armado, en pie al venir la aurora.

Su puño bajo el férreo guantelete
es siempre una amenaza. Mudo y fiero
temor infunde como esos fantasmas
de los cuentos de las torres de acero.

¿Quién es? Es el honor, es la justicia
en la llanura verde, en las montañas
pétreas, en los desiertos espantosos
en las ciudades ricas. Sus hazañas

llenan el mundo. Cantan los juglares
su nobleza y su fuerza colosales.
Las princesas le esperan. Por la tarde
pensativas van a los ventanales.

Es un varón de hierro. Es fuerte. Brilla
su cimera. Fulge de Orán a Ilanco
su armadura. Es un dios, un héroe, un hombre.
Va siempre solo en su caballo blanco.

El Soldado — Siglo XX

—¿Y ese soldado silencioso, fiero,
lleno de armas terribles? ¿Ese hombre
de ceño fosco? ¿Ese coloso adusto,
cómo lo llamas tú? — No tiene nombre.

—Ese bandido que destroza aldeas
y ciudades y campos, esa fiera
que mata madre e hijos, que degüella
en nombre del color de una bandera?

—Es una bestia. Ordénanle: obedece;
mata y degüella, asola y extermina.
Su cañón ruge. Donde pasa, es polvo;
donde va, muerte; donde pisa, ruina.

Del Elba al Sena su metralla asorda,
del Elba al Sena su pendón flamea.
La civilización lo empuja: avanza;
la ciencia lo alza; Marte lo pasea.

—¿Y eso pasa en Europa veinte siglos
después de Jesucristo? — Veinte siglos
después de Jesucristo, Europa vuelve
a oir los pasos de Atila y sus vestiglos.

—¿No hay compasión para las madres?—¡Nunca!
Se pudren sus cadáveres. Hay tierra
apenas para sepultar soldados.
Buitres las comerán. Así es la guerra.

—¿No hay compasión para los niños? — !Nunca!
Morirán de hambre y sed, morirán bajo
la metralla fatídica que azula
las campiñas que idealizó el trabajo.

—¿Y esas iglesias que se alzan, y esas
bellas casas de Dios? — Están de sobra.
El clarín manda fiero; el sacerdote
reza, y la metralla fatal, obra.

—¿Y esos reyes cubiertos de cordones
de oro y brocado encima sus troneras?
—Mirán, callan y tiemblan... — ¡Oh, Ricardo
Corazón de León, oh, si vivieras!

—¿Y esos hombres que cavan y esos hombres
que vuelan? — Son soldados de trincheras,
son águilas mecánicas... — ¡Oh, Rolando,
Par del gran Carlo-Magno, oh, si vivieras!...

La patria es grande, es bella, es noble, es digna,
es una flor, un astro, un sol, es todo;
es un hogar inmenso bajo un sueño,
pero el odio la precipita al lodo.

Es un cordero manso, un campo fértil,
un tren que corre, una espiga madura,
una bandera que es un traje de almas,
una espada leal, una armadura

altiva, una sonrisa de Jasón,
un gesto de Cimón y Héctor, todo:
un río azul, un monte, una colina,
pero el odio la precipita al lodo...

A Juan el labriego

Juan, caro Triptolemo, tú si eres un buen hombre.
Vives en tu campiña, labras la tierra, ignoras
la vanidad del alma y la gloria del nombre.
En tu ignorancia sabia pasan dulces las horas.

Manejas bien la azada, comes tu pan moreno,
tu campo tiene olor a romero y albahaca,
siembras granos ubérrimos, recojes el centeno,
y, al despertarte, ordeñas a tu más gorda vaca.

Eres feliz en medio de tu pobreza ruda,
¡oh, labrador humilde, oh, labrador altivo!
Tu reloj es el sol, y ese sol que te ayuda,
te hace tornar a veces un poco pensativo.

Ignoras de grandezas y de refinamientos.
No sufres y eres grande. En tu frente altanera
se detienen las alas partidas de los vientos.
Tu cabellera despeinada es tu bandera.

La vanidad desdeñas y el esplendor desprecias;
vives como un osezno, pero eres, oh, labriego,
grande cuando tus manos fecundas, negras, recias,
preñan la madre tierra donde el sol vuelca fuego.

Hoy has vuelto cansado. El sudor que te corre
por el cuerpo, es glorioso como el semen fecundo;
eres rey de tu campo, y la parva es tu torre;
fertilizas la tierra y alimentas el mundo.

Llega, besa a tus hijos, acaricia a tu esposa;
descansa y ve a la mesa de sencillo madero,
que ya humea la sopa en los platos de loza
y el café hierve alegre en el rojo brasero.

Y hoy, Juan, ¿por qué tu frente aparece nublada?
¿Por qué has envejecido y tu campo está triste?
¿Por qué el trigo no muestra su sábana dorada
y en tu choza tranquila la alegría no existe?

Qué destino fatídico desfiló por tu casa
y que sino brutal devastó tus sembrados?
—Los hombres no son hombres. La guerra todo arrasa.
Poeta: por mi campo pasaron los soldados...

El Rey, el Pueblo y el Poeta

—Tú, debes saludarme doblando la rodilla,
pues sobre mi penacho el águila se humilla.
Mi clarín es de bronce y mi espada de acero
la gloria en los laureles de mi frente se engarza,
y, donde lanzo al viento mi grito de guerrero,
ondea victorioso mi penacho de garza.
—¿Quién eres?
—Soy el rey...
—¿Cómo te llamas?
—Roma,
me llamó César; Francia me llamó Carlos; Tiro,
me llamó Jerjes; Grecia, de Macedonia a Epiro,
Alejandro llamóme; el Norte, Atila; Asur,
Nino, y Faraón siempre llamáronme en el Sur.
—No intentes deslumbrarme, no me ciegas con eso.
Bah! mis nombres son todos de más glorioso peso.
—¿Tú, el incógnito?
—Yo, el villano, el palurdo,
el labriego en el campo y el minero en la mina,
herrero ante los yunques, leñador en la encina,
el hornero en el horno y tu lacayo absurdo,
tengo más nombres grandes de tradición y pila
que tú, César y Nino, Alejandro y Atila.
—Habla.
—Me llamo Sócrates en Grecia melodiosa
y me llamo Espartaco en Roma poderosa.
Soy Dantón en la Francia, Cronwell en Inglaterra,
Guillermo Tell en Suiza; soy Harmodio en Atenas,

Cicerón, Bruto, Casio en patria de Mecenas,
y soy Dios en el cielo y soy Cristo en la tierra.
—Mi poder te domina...
—Tu poder me acobarda:
no es tu voz la que temo: es sólo tu alabarda.
—Dices bien: muy valientes son mis alabarderos,
mis guardias con dalmáticas y mis arcabuceros.
—¿Mas, qué son?
—Han venido de tierras de Alemania:
son los raitres de Suiza, tudescos de Germania.
—Pertenecen al pueblo, ¡oh, Rey! Son renegados,
son blusas de labriegos con hierros de soldados.
Pasan por tus alcázares con las armas lustrosas
arrastrando la espada por las regias baldosas:
unos guardan tus puertas y, otros, cuidan tus arcas.
Esos hombres son fuertes columnas de monarcas,
mas si un día se vuelven y te miran de frente,
palidece, tiembla, huye, señor omnipotente.
—Les pago bien...
—Les pagas con los nobles dineros
del sudor de los hombres que nacimos obreros;
mas comprende: tu fuerza parte de nuestras manos.
Te hicimos Rey, un día, los pobres y villanos
creyendo hallar con ello la justicia terrena,
mas sólo fuiste un juez de taladro y barrena.
Formaste la nobleza para que te rodeara
y la hallaste en el pueblo traidor que te adulara;
eres el equilibrio de los grandes factores
que en el mundo distingue siervos de emperadores,
y creaste la pompa para diferenciarte
del pueblo que rodea el común estandarte;
pero comprende que si te hemos elegido,
no por eso la noble libertad se ha dormido.
—Vil, mi sangre es azul y debes humillarte.
—¿Azul? Quisiera ahora tan sólo desgarrarte
un trozo de la piel, y tu orgullo vería
que tu sangre es tan roja como la sangre mía.

—Insolente, villano, la verás en el tajo...
—Baja algo la voz, Rey, habla un poco más bajo;
mira mis manos fuertes y mi pecho velludo
más noble que tu frente, más duro que tu escudo,
y no amenaces. Piensa que tu poder descansa
en la paciencia nuestra, que, aunque es humilde y mansa,
puede un día aplastar tus guardias, desarmarlos
y arrojarte del trono todo resplandeciente
que enlutó Julio César y ensangrentara Carlos.
La rosa tiene espinas. Recuerda, Rey potente,
que la ortiga es humilde y, al lado del jijallo,
hiere las patas rudas de tu blanco caballo.
—Bien, ¿qué quieres?...
—¿Qué quiero? La libertad que matas,
nuestra vara de trigo que has cubierto de matas,
nuestros campos donde hincan sus garras las mesadas,
la cosecha que robas con tus manos doradas.
Es nuestro el campo, Rey; déjanos pues su trigo;
déjanos nuestros hijos que roban tus cuarteles;
no seremos tu siervo, pudiendo ser tu amigo;
pero te sostendremos, si tiemblas, con broqueles.
Ya vez, te hablo tranquilo sin doblar la rodilla,
sin descubrir la frente donde el viento se humilla,
sin rendirte homenaje; pero te hablo sincero:
Rey, soy el pueblo fuerte, el pueblo humilde y fiero
que para abrillantarte un poco más, no brilla:
muéstrame tu corona, pero, ¡Abajo el sombrero!

El Poeta:

Rey, escucha a ese hombre rudo, sencillo y grande;
es pobre, mas, ante él, todo aumenta y se espande.
Él te alimenta, él te sostiene, él te ayuda;
es grada de tu trono y es, frente a él, tormenta;
toma en tus manos finas su mano negra y ruda
o mátale en seguida, pues cada vez aumenta.
Rey, eres necesario al equilibrio humano,
administras justicia y mantienes la altura
de la patria común; pero el Pueblo, es tu hermano,

y es mucho su poder y es grande su bravura.
No le hables en voz alta, que tu cabeza altiva,
no le llega a los hombros. No frunzas, torvo, el ceño
y no crispes los puños. El Pueblo es una viva
ilusión siempre; gánalo con tu gesto risueño,
trátale con bondad y amor un poco humano,
e inflará tus banderas y velará tu sueño,
y su lengua que ruge te lamerá la mano.

Religión

Ayer iban, Señor, los monjes a rezar
al desierto sin fin, al Shur del viejo Irán,
y al Sahara de Egipto. Sabían perdonar
el apedreado Pablo y el degollado Juan.

Buscando la Tebaida, dejaron el placer
y se martirizaron con un cilicio cruel;
desdeñaban las carnes tibias de la mujer;
bebían sólo agua; comían pan y miel.

Eran buenos y puros, y llenos de dolor,
iban por el camino callado del perdón
apoyados en báculos de tu árbol, Señor.
Y bajo el sol, sangrábales el noble corazón.

Vestían con un hábito que dejaba mirar
sus carnes castigadas por la fe virginal.
Polvorientos y pálidos contemplaban el mar,
y aspiraban su aroma lleno de yodo y sal.

Dormían en las cuevas gloriosas del león,
gustaban de los montes silenciosos. El sol
tostándolos, los bendecía con unción.
Eran en la escalera de Dios un caracol.

No sabían del fausto. Odiaban al marfil;
desdeñaban el oro que llegaba del Rhin.
Unos eran morenos y, otros, de faz gentil,
cual príncipes, tenían las manos de jazmín.

En las noches azules, en el Norte o el Sur,
en la arena o en el camino de Mozul,
veía bajo la luna, el beduino del Thur,
sus cabezas de lirios coronadas de azul.

Los reyes de Bizancio amábanlos con fé,
los nómades, ondeaban en su loor su fez;
dábanles agua y dátiles los hijos de Magreb,
y los viejos leones se echaban a sus pies.

Y hoy, Señor, van tus siervos con pompa mundanal,
tienen templos fastuosos donde suelen rezar,
y ruegan ante tí por la marcha triunfal
de esos fieros soldados que van a asesinar,

de esos otros soldados que van a sucumbir,
de esos reyes odiosos que ambicionan matar.
Arrójalos, Señor, no los dejes venir,
no los dejes rezar...

A los Reyes

Los reyes son grandes y magníficos, — reinan como soles en la tierra, — esclavizan la libertad, retuercen — el derecho de los hombres. Su cadena, — del Cáucaso al Monte Blanco — y del Himalaya al Pirineo, suena — con los himnos del viento. — Se visten de imponencia, — manejan la majestad del gesto, — la sonrisa altanera — y la silemnidad del paso. — Están rodeados de riquezas — y de cortesanos y ministros. — Las cúpulas de Berlín, Londres, Roma, Belgrado y Viena, — cuando se levantan y asoman a las ventanas — de sus palacios sus cabezas somnolientas, — los saludan con sus cascos de acero. — Son grandes, bellos, altivos. La tierra — los ve pasar vestidos de oro y diamante, — rodeados de banderas — y en medio de una escolta de hierro. — Les agrada la guerra — y la decretan desde sus palacios, — no como aquellos otros — que sonaban sus trompetas — y decían: "A ellos, hijos míos, por San Dionisio!"... Como Enrique IV mostraba en Ivry su penacho invencible, — ellos muestran apenas — un girón del manto que huye. — Decretan la guerra — y la encomiendan a las misas — y dejan que mueran los hombres — en medio de la feral tormenta.

Antes eran otros tiempos, — y los reyes tenían cimera. — Alejandro visitaba a Demóstenes, — Juliano dormía sobre un trozo de madera, — Carlos V, emperador de cinco reinos, — recogía el pincel del Tiziano, César — comía con sus legionarios, — Aníbal miraba desdeñosamente las montañas pétreas, — Carlo-Magno charlaba con sus francos, — Marco Aurelio sonreía a la miseria,

— Napoleón iba al frente de sus tropas, — Antonio limpiaba su espada en la hierba, — Médicis era un príncipe de sonrisa triste — y Luis XIV escribía poemas. — Había también reyes palurdos y zafios — pero su generosidad se recuerda. — Eran valientes, audaces y temerarios. — Sufrían hambre y sed, gustaban de la contienda; — y cuando el enemigo erizaba los campos — de penachos y rodelas, — esos hombres, esos héroes, esos reyes, esos dioses, — se frotabon las manos, sonreían, picaban, a sus caballos, espuelas — y temblaban de placer y no de miedo. — Tenían corona en la cabeza — pero, también, espada colgada al cinto. Eran caballerescos y leían en el silencio de sus tiendas, — a Homero, Ovidio y Jenofonte.

Amaban el valor, respetaban — el heroísmo. Su lema, — era su Dios, su Patria y su Dama. — Rompían lanzas en las palestras, — y siempre vencedores iban — por el mundo sonriendo altivos y mostrando sus frentes serenas. — Los castillos a su paso — corrían los puentes y abrían las puertas; — los timbales y los gallardetes y los clarines, — los saludaban desde las almenas. — En cambio, si venían en tren de lucha, — enmudecían las troneras.

Gustaban de lujos fastuosos, — del vino de Chipre y de los manjares de Persia; — amaban a las mujeres hermosas — de labios húmedos y senos de seda; — bebían en sus bocas el beso, — desceñían sus túnicas trémulas, — y en sus cuerpos de rosa, oro, mirra y ámbar, — eran un temblor de palomas prisioneras. — Pero al despertarse en sus brazos, — arrojaban las sábanas tibias, perfumadas y aéreas, — se vestían, tomaban la espada y la lanza, — colocaban el casco en la noble cabeza, — e iban a sus cuarteles. — Eran los mismos, eran los soldados de siempre, — los héroes, los colosos, los dioses de la contienda, — los caballeros de la hazaña, — los paladines de mirada suave y altanera. — Dormían bajo las encinas — y gustaban del silencio de las selvas. — Eran los mismos, grandes, fuertes y nobles, — grandes como Ri-

cardo de Inglaterra, — fuertes como Bouillon de Jerusalén, — nobles como el anciano de Baviera.

Yo amo a los reyes y, al revés de Cicerón, me entusiasma la monarquía. — Me inquietan — sin embargo, esos reyes — sin valor y sin nobleza.

La monarquía es armoniosa — y parece un canto de oros, ónix y perlas. — En ella suspiran gavotas, — voces de brocado y de seda, — músicas de labios divinos — y sonrisas de blancas princesas. — Por eso detesto a Bruto, Crowell y Robespierre — y amo, cuando no mata, a César. — Odio, pues, a Bruto, aunque amo a mi patria magnífica, respeto las virtudes de sus grandes hombres y saludo a su invencible bandera, — agitando mis guantes monárquicos. — ¡Qué queréis! Me entusiasman las cabezas — coronadas de gloria real, las hazañas — de los príncipes de Inglaterra, — y he leído la historia de los Pares de Francia. — Además tengo en mis venas sangre de guerreros, príncipes, sabios y poetas. — Mis abuelos han sido nobles de España e Italia, — y regaron con su sangre esas tierras. — Galíndez de Toledo, capitán de los tercios de Flandes, — era hijo de una princesa. — Galíndez de Carvajal fué tan grande como un rey, — y tenía más soldados que encinas las selvas. — Otro Galíndez, fué amigo y consejero de Fernando — el rey Católico de América—Otros abuelos de barbas blancas y cordones de órdenes guerreras, — fueron virreyes y condes palatinos — y otros, en Italia, señores de vida y hacienda. — Soy monárquico, aunque amo a mi patria, — nas amo, también, las femeninas manos regias. — Romántico soy. Pero, ¡oh reyes de hoy! sois pequeños. — Las montañas no ven vuestras banderas, — el sol no se detiene a miraros — como hacía con Carlos V; la tormenta, — no se hace a un lado para dejaros pasar. — Ordenáis la guerra, — y vuestras espadas cuelgan en las panoplias — cubiertas de orín, y vuestras cimeras, — están llenas de polilla. — Los ratones os comen el mango de las jinetas; — el musgo os adorna los cascos — y han perdido su brillo vuestras panceras.

Ante los retratos de vuestros antepasados — el sombrero en la mano os tiembla. — Entráis en los museos — y las rodillas os tiemblan; — entráis en los mausoleos — y las piernas os tiemblan. — Miráis todo de reojo y humillados; — os colgáis una espada por etiqueta, — y al pasar ante las armaduras altivas — de esos abuelos de leyenda — que castigaban al bandido y perdonaban con conciencia, — que defendían a los débiles — y partían con sus puños hasta las piedras, — la espada, avergonzada de vosotros, — en los adornos de los pedestales se enreda. — Sois un montón de fósforo — que encenderá la yesca — de la muerte. No quedará de vosotros, — sino ceniza, vanidad y vergüenza. — Tenéis sobre vuestras espaldas, — más crímenes que cabellos en la cabeza. — Sois los verdugos de los pueblos. — Ahorcásteis la libertad en Bélgica, — distéis de puñaladas al labriego, — estrangulásteis al super-hombre de la tierra — que es ¡oh, Musas!, el poeta. Asesinásteis — a las vírgenes. Desnudásteis en vuestras celdas — a las sacerdotisas. Hicistéis callar al apóstol con una mordaza.—Desterrásteis la Ciencia y el Arte. — Enviasteis al patíbulo a la libertad y enlodásteis la frente serena—del derecho de la humanidad. — Sois un montón de cosas pequeñas. — Sois enanos quesentís furor y vergüenza; — si os citan a Aníbal, palidecéis, — si nombran a César, — palidecéis; si conversan de Cladoveo, — palidecéis y rompéis nerviosos, el encaje de seda — de vuestros puños; — si os nombran a Casio y Bruto, — tembláis; mas si os recuerdan, — a Atila e Iván el Terrible, — aplaudís como en una fiesta.

¡Oh, reyes! Hacéis bien en temblar y palidecer ante esos colosos. — Sus cabezas, — coronadas tocaban las nubes. — Mataban, pero sus espadas guerreras, — no contaban los enemigos. — Eran grandes, puros y nobles, eran — como un relámpago partido de los ojos de un dios, — como un trueno de humana potencia — inflado por Júpiter Tonante.

Se regocijaba la selva — cuando los veía pasar orgullosos y erguidos. — Se hinchaba lo grama, y la encina al-

:anera, — inclinaba sus ramas saludándolos. — Por Gaia, Aquitania, Dacia y Bohemia, — pasaban poderosos y emidos — al frente de sus soldados y de sus banderas. — Las orillas del Ródano les daba sus uvas, — su oro Prusia, y Frisia sus telas, — Hesperia su trigo y el Oriente us perlas. — Las castellanas esperaban sus caballos, — eniendo en sus manos un puñado de avena. — Los rulos campesinos los amaban; pero, — ¿quién no amaba a esos varones de lucientes viseras, — a esos héroes de penachos blancos, — a esos hombres rectos como sus jineas? — Hacéis bien, reyes, en envidiar a vuestros abueos, — aquellos condes, duques y príncipes que recuerdan — a Aquiles, a esos héroes que bostezaban fastidiados — en el silencio de sus tiendas — cuando vencían sin troiezos. — ¡Cuán pequeños sois! y ellos ¡qué grandes! Sus banderas — hinchaban sus águilas doradas — al solo de la tormenta. — Daban a sus soldados broqueles le plata — y a sus amantes sandalias con perlas. — En medio de la noche se mecían sus penachos blancos. — soaban sus trompetas, — y la gloria iba humilde tras ellos. — Los volcanes aplaudían sus victorias y sus proezas — el trueno les daba escolta...

* * *

Reyes, juráis sobre la Constitución, — y empapeláis con us hojas sagradas y eternas, — las paredes de vuestras ecesarias. — Y eso es indigno. Aplastáis a los pueblos e la tierra, — y eso es indigno. Ordenáis la matanza, — os abanicáis con una lista de cadáveres. (Carlos lo haía con su penacho de garza). — Arrojáis polvo sanriento sobre la tierra — y no comprendéis que es polvo el hoyo de vuestras tumbas. — Escupís odio e indifeencia, — y recogéis esos salivazos en el estandarte de uestra patria. — Corregíos, meditad tened un poco de onciencia. — El pueblo calla, sufre, chupa su bilis, — astica su rabia y no se lamenta. — Es manso, paciente, urrio y humilde, — pero si se yergue y alza la cabeza, - no le habléis en voz alta, — suavizad vuestra majestuoa aspereza. — El pueblo es un buey manso que, a me-

rudo, se transforma en toro, — y entonces embiste cor fuerza. — Una sola cornada bastaría para voltearos. — Pensad en Luis de Francia y en Carlos de Inglaterra. — Temed al pueblo y si le amenazáis con el puño, — hacedlo detrás de una puerta, — y cuidando bien de que os dé la espalda.

Pronto será tarde para volver a atrás. — Daréis paso a la barbarie de Rusia cuyo viento arrecia de sus frías estepas. — Pensad en Nicolás y en las banderas rojas que inflan las voces de los obreros de Moscú. Temblad ante esa potencia — desconocida, enorme, — poderosa, siniestra, — cuya baba chorrea del Cáucaso sobre la Prusia y la Bohemia. — Temblad, que el destino de los reyes — empieza a cumplir su sentencia, — pues ya que así lo habéis querido — tanto nombráis la muerte, que ésta — sale de su antro satánico, — hace la venia y se presenta — Recordad a Didio caído, — él, que compró a Roma funesta, — a Faraón en el Mar Rojo — sumergiendo sus huestes fieras — y lanzando tras los hebreos — sus últimas inútiles flechas; — al vil Nerón atravesado — por una espada justiciera; — a Enrique IV asesinado, — al Dux potente de Venecia, — ajusticiado como un reo; — a Maximiliano de México,—caído frente a la tormenta —a Sardanapalo quemado—y a Napoleón en Santa Elena

¡Oh, reyes de los hombres, meditad! — Sed justos, dejad la violencia; — purificaos, creed en Cristo; — abandonad vuestra insolencia, — leed a Kempis y a Marco Aurelio; — no penséis en enormes guerras. — Dejad las ambiciones vanas — y los instintos de las bestias. No os odiéis; sed humanos; amaos. — No pretendáis conquistar tierras — que, muertos, sólo os bastará — una porción harto pequeña — para guardar, dejando en pie la vanidad de las ofrendas, — vuestra comida de gusanos — ¡oh, regia podrida osamenta! — El laurel de Roma es hermoso, — mas quedaos con el olivo de Grecia.

Las ciudades vencidas

Ciudades hijas del poder,
colmena humana, despertad,
que ya comienza a anochecer
el día de la libertad.

Griegos se vuelven contra Atenas,
y los latinos contra Roma.
Cimón arrastra sus cadenas
y Salamina se desploma.

Fieros gladiadores del Lacio,
tomad la espada y el tridente,
y vuelva a cruzar el espacio
el grito de Espartaco potente.

El cardo áspero y la ortiga
crecen en los campos triunfales,
pero la rosa atrae la hormiga
en las ciudades inmortales.

Y con la hormiga, la babosa
arrastra baba repugnante
por el brocado de la rosa
virgen, intacto y fulgurante.

No siempre el vencedor arrasa:
El vencedor de Egipto funda
Alejandría y, cuando el Indo pasa,
levanta Merhed la fecunda.

Mas sólo en ocasiones. Tiro,
Sardes, Persépolis, Damasco,
caen en medio de un suspiro
ensangrentadas por su casco.

Y si no, que lo diga Numancia,
o Tebas, la de cien puertas doradas,
o Susa, cuya suave fragancia
brota de cajas perfumadas.

Ante los huracanes de Oriente
caen Chipre, Rodas, Dalmacia,
y pasa un guerrero doliente
herido y triste: viene del Asia.

Ciudades, temblad perseguidas
por el hierro y el odio cruentos,
y vendaos vuestras heridas
con el llanto y los sentimientos.

Encresponad las puertas todas,
domesticad los vencedores potros,
que ya el gran coloso de Rodas
se desploma sobre vosotros.

O volveos fuertes y fieras
como Cartagos y Ecbatanas,
e inflad las sitiadas banderas
con vuestras voces espartanas.

Pero temblad, porque la sombra
os envuelve, el humo os rodea.
El cañón un palacio escombra
y, ante el obús, la iglesia humea.

Dejad vuestros yunques, herreros;
dejad vuestro andamio, albañiles,
dejad vuestros hornos, horneros;
soldados, dejad los fusiles.

La resistencia es imposible.
Lloran mujeres con ancianos.
Ante el enemigo invencible,
cruzad los brazos, ciudadanos.

Sin doblar la altiva rodilla,
recibir a Menrod ahora.
(La libertad es como una semilla:
brota cuando llega la hora).

Cededle vuestras casas tranquilas,
dejad que inicien sus placeres,
y miradlos en las pupilas
cuando miran a vuestras mujeres.

Ofrecedle el pan amigos,
con una mano y con la otra amenazas.
Ellos comprenderán que son mendigos
vencedores en vuestras casas.

Dejad que inflen sus banderas flotantes,
que en vuestras monedas graben sus cuños.
(En sus viseras rutilantes
se reflejarán vuestros puños).

Y cuando la semilla esperada
brote, erguíos altos como un castigo;
y el áspero clarín de retirada
acompañará al enemigo.

La voz de hierro

La metralla abre un abanico
ante la vida frente al fin.
Un buitre negro encorva el pico
desde los hombros de Caín.

Cruza el cielo una cinta roja
y el trueno ronca sobre el mar.
(El hombre es una pobre hoja
que el huracán hace vagar).

¡Oh, fiestas de oros y sonrisas!
Ayer no más os vió París
frente a las dóricas cornisas
rameadas de flor de lis.

Mientras que hoy en veinte naciones
hijas de un lema de Jesús,
hablan millares de cañones
con la voz ronca del obús.

Desde Oriente hasta el Occidente
mueve su lengua de metal
el torvo hierro incandescente
y mortal.

En los charcos de inmundos barros
sobre los muertos en montón,
pasan las ruedas de los carros.
Asolación! Asolación!

En esos campos cultivados
donde brilló la redención,
silban los sables afilados.
Desolación! Desolación!

Los verdugos de la Edad Media
vuelven hoy a resucitar,
y un viento enorme de tragedia
ruge en la tierra y en el mar.

Mientras que suenan armoniosas
desde el Thámesis hasta el Rhin,
junto a las voces angustiosas,
las notas fieras del clarín.

Y van los jóvenes soldados
arma al hombro y el paso igual,
confortados y resignados
a oir la sentencia de metal.

¡Oh hierro! juez de la existencia
a la que prestas tu poder,
en tu grandeza no hay conciencia:
tienes carácter de mujer.

Te revuelves contra la mano
que te dió vida y te formó;
eres un hijo de romano,
pero Roma no te crió.

Duerme en los montes soberanos,
duerme y oculta tu traición.
Si te sacamos con las manos,
nos penetras al corazón.

A Cristo, a veces injusto

Cristo, torna a la vida. De tu silencio baja,
clava tus ojos tristes sobre la humanidad,
que los astros trepidan y la tierra se raja
como en las garras negras de una gran tempestad.

La sangre de tus hijos riega campos y mares;
arrecia un viento ardiente del desierto letal;
tus templos son escombros y, sobre tus altares,
sacrifica su cuello de nieve la vestal.

¡Oh, Señor! Sangre y polvo cubren tus ornacinas,
sangre y polvo se unen allá en Jerusalén.
Baja y verás, Señor, que por donde caminas,
pisa tu pie cadáveres y habla el trueno en tu sien.

Todo es luto en los pueblos, todo es rojo en los prados,
todo es sangre en las casas donde todo fué luz,
ayer a Palestina íbanse los cruzados,
hoy van las madres pálidas a deshacer tu cruz...

La fe, Señor, se aleja de tu visión dudosa..
Fieles han muerto y niños que te daban amor.
¿Dónde está tu bondad tan misericordiosa?
¿Dónde está tu justicia generosa, Señor?

Has visto que la tierra se llenaba de muerte,
que las madres lloraban su sangre de dolor,
que sobre la justicia brillaba sólo el fuerte,
que la tierra era un crimen; y callaste Señor.

Viste a los inocentes caer bajo las espadas,
escarbar a los huérfanos los escombros sin luz
buscando los despojos de sus madres amadas
en medio de la lucha; y callaste, Jesús.

¿Fuiste justo? No, Cristo. Injusto, injusto fuiste
ya que sobre nosotros pesó tu maldición.
Qué noche se paseó por tu mirada triste
y que buitre hizo nido sobre tu corazón?

Baja, Cristo. Yo es hora de mostrar que eres Cristo;
hora es de ver tu cuerpo y de escuchar tu voz;
ya que nadie te siente, ya que nadie te ha visto,
pruébanos, Nazareno, que eres hijo de Dios.

Baja a la tierra muda, que los hombres sombríos
te juzgarán a tí, juez de otro tribunal,
y no serán Pilatos, y no serán judíos:
serán los pobres huérfanos de la guerra fatal.

La hora

Debéis saber ¡oh pueblos! que la justicia calla
pero escucha. Seguid arrojando metralla
sobre la ciudad rica, sobre la humilde aldea.
Europa es un volcán que despierta y humea,
pero oye la justicia y sentencia. Naciones,
arrodilláos: Hora es de las confesiones.

¿No veis de Babilonia la llama justiciera
del bello Sardanápalo? ¿Veis de Roma guerrera
la espada de Nerón? ¿No oís de Santa Elena
el rumor poderoso de la enorme cadena
que arrastra Napoleón el Grande? ¡Oh, naciones!
¡oh, pueblos! humillaos. Ya soplan los ciclones
de Dios sobre la tierra. Los cráteres sangrientos
cuyos rojos cabellos rizan trágicos vientos,
en medio de un tropel de titánicos potros,
arrojan salivazos de Dios sobre vosotros.

Es la hora solemne de la justicia humana
y oculta. Abre la noche su ermita soberana,
y en medio del silencio mortal que se presiente
pueblos, arrodillaos, enladaos la frente,
secaos las infamias con vuestras manos rudas,
que en el bosque de olivo la horca espera a Judas,
a César el puñal traidor de Bruto listo,
el sepulcro a Pilatos, la cruz a Jesucristo.

HAMBRE

Hambre

Es fecunda la tierra. Dios la hizo así. No obstante,
donde remoza el trigo y el maíz se colora,
la comida de un pueblo la consigue un diamante
pequeño como un grano que el sol de marzo dora.

A los ojos absortos del débil caminante,
se presentan los campos que el labriego labora,
húmedos, ricos, fértiles de opulencia verdeante,
aromados de trébol y teñidos de aurora.

Y sin embargo ¡oh, Pan! la humanidad no sabe
conservar su derecho cual lo conserva el ave
o la cabra del monte que el madrial fresco aviva.

El hambre como un garfio humíllala y la explota,
y la tierra es victoria, la humanidad derrota.
¡Oh, dolor de ser máquina humana y sensitiva!

El exodo

Es el destierro de la humana
estirpe, que huye de la muerte,
es la pálida caravana
del hambre, es la caravana
fatal, estóica, silenciosa,
que va dejando en el camino
su poca sangre generosa.
Es la tragedia del destino,
el mar humano peregrino,
el pueblo hebreo sin camino...
Y detrás esa turba ansiosa,
va la sombra de Faraón,
pasan los soldados bizarros,
silba el obús, ruge el cañón,
crujen las ruedas de los carros,
llega la muerte...

Es la miseria y es la peste,
es el hambre, es la etísis torva,
es la pobre gente que estorba.

Es la caravana de hambrientos,
la de madres enflaquecidas
que dan a mamar a sus hijos
sus senos sangrientos
para conservarles las vidas.
Es caravana de leprosos
abandonados, maldecidos
por Dios. Es turba de caídos

con las pupilas dilatadas,
con las narices afiladas,
malditos y proscritos,
proscriptos y malditos.
Y van por la tierra reseca...

Siguen su camino soleado,
tristes, hambrientos, silenciosos
bajo los cielos espantosos,
por el desierto desolado.
Y van infatigablemente
carne del buitre y de los cuervos,
y van infatigablemente
alargando días protervos
por el desierto desolado.
Todo se aparta de su lado,
todo huye de la pobre gente.

Y el sol inexorable abrasa,
y la metralla todo arrasa,
y la muerte se acerca y pasa...

Pálida y triste caravana
que quizás si verá el mañana,
pálida y triste caravana
continúa su derrotero
bajo el sol y bajo el lucero.
Y los hombres muerden sus puños,
y las mujeres dan su sangre
a sus hijos. Los niños oran
y el silencio responde. Lloran
las madres, y el silencio responde.
Rugen los hombres, y se esconde
Dios... ¡Oh!, caravana siniestra
que úlceras y llagas muestra.
¡Oh!, caravana sin camino,
sin destino,

sin la sombra de un solo pino,
sin un pan, sin un vaso de agua...
Todo es triste, todo es sangriento,
y tiene olor a sangre el viento

La ortiga, el cardo y la maraña,
jironean su carne viva,
y la mirada pensativa
busca la gracia compasiva
de Dios como una telaraña...

¡Asolación, asolación!
bajo las noches espantosas.
Y van abriéndose las fosas
y va sangrando el corazón,
y van los buitres dando vuelos
bajo la indiferencia hosca
de los cielos...

Pálida y triste caravana,
faz arrugada de la anciana,
paso temblante de los viejos,
rostros entecos de los niños,
va sin fin, y se pierde lejos
como un jirón, como una baba,
agonía que nunca acaba,
grito de angustia y de lamento;
pálida y triste caravana...

Todo es triste, todo es sangriento
y tiene olor de sangre el viento...

Plegaria

Por esa madre bondadosa,
por esos hijos que te rezarán,
por los senos fecundos de esa madre amorosa,
Señor, compárteles tu pan.

Ellos son inocentes;
les cogió la desgracia y por el mundo van
con los ojos humildes y pálidas las frentes.
Señor, compárteles tu pan.

La ciudad los arroja, y el campo los ampara,
pero allí no hay abrigo y allí agonizarán
en la noche con nieve o en la mañana clara.
Señor, compárteles tu pan.

El padre era un minero de la Escocia brumosa:
fué a Flandes y murió, y ya no le verán.
Por los huérfanos puros, por la doliente esposa,
Señor, compárteles tu pan.

No dejes que se arrastren por la tierra inclemente
hambrientos, doloridos, pues agonizarán
dando al cielo la helada y maldecida frente.
Señor, compárteles tu pan.

A los pueblos hambrientos

Pueblos que os mordéis los puños
para no comeros el alma,
hambrientos y doloridos
llenos de maldición y rabia;

pueblos que clamáis al cielo
un pan y un vaso de agua,
e inclináis las frentes sombrías
sin esperanza;

no roguéis al Dios del espacio:
rogad a la tierra que, humana,
os dará como una madre inmensa
su preñez sagrada.

Tenéis los brazos levantados
al cielo. Bajadlos, que la azada
os espera; el sol os ayuda;
nada os falta.

Pueblos, con el trabajo no hay hambre.
La tierra es la vida. Dios es sólo una parábola

MUERTE

A LUIS LUCCHIA PUIG.

Muerte

La misión de la vida no es otra que esperar
la muerte. Nuestra máquina llena de inteligencia,
nos hace para amar y para meditar
en la misma cordura y en la propia inconsciencia.

La sentimos latir y la vemos llegar;
camina a nuestro lado y, sin intermitencia,
es la espada del rey que nos hace elevar
los ojos hacia Dios y hacia nuestra conciencia.

Somos como una fruta en un árbol florido
lleno de vanidad bajo el cielo dormido;
el sol que nos madura nos ayuda a caer.

Somos como un reloj que la mano apresura,
hasta que Dios no escuche su marcha, y con obscura
mano, la Eternidad nos arrebate el ser.

El fin de todo

Emperador, tu cetro no tiene fin. Tu gloria
llena el mundo indomable. Reinas en seis naciones;
la batalla te busca; te adula la victoria,
y el árbol del laurel da sombra a tus legiones.

Pera tú, que te sientas en un trono brillante,
que tienes viejos reyes por vasallos, imploras
cuando la muerte pasa por tu casa radiante
blanqueando tus cabellos y acortando tus horas.

Tú, otro más, eres rico. Todo en tí es alegría.
Tus caprichos son órdenes; mas ¿qué grandeza encierra
tu riqueza, si sólo conseguirás un día
una caja murtuoria y un pedazo de tierra?

Tú, hombre sabio que pasas las noches entre viejos
libros llenos de polvo, que la existencia arrojas
al estudio, que sabes los problemas complejos
del mundo, eres, también, un puñado de hojas.

Tú, físico que curas, tú sacerdote puro
que hablas con Dios, tú, genio, y tú, sepulturero,
seréis, también, despojo nauseabundo e impuro
frente al fantasma negro y de perfil severo.

Hombres, de nada os sirven gloria, saber, sapiencia,
ante la gran justicia de da Naturaleza.
No puede el rey sin vallas domar su indiferencia,
ni el hombre poderoso comprarla con riqueza.

Se presenta la muerte, acreedora temida,
a rendir cuentas. Nunca encuentra haber. Temblamos,
y escondemos el debe de la gastada vida;
pero ella dice: "Heme. Vengo a buscarte; vamos..."

El hombre y los dioses

De pie en la mole pétrea, el hombre sensitivo
alzó los hondos ojos al cielo; un largo instante
contempló el infinito y, luego, pensativo,
ascendió lentamente la montaña gigante
que, clavada en el cielo, era una interrogante
ante la fuerza enorme del misterio votivo.

La noche azul volcaba sobre sus vagas huellas
el lagrimeo de oro de sus áureas estrellas.
El viento golpeaba en su espalda potente
con sus alas; la aroma de la sierra — derroche
de rosales silvestres, — le besaba la frente.
Y el hombre habló en la noche:

—Dioses, átomo soy imperceptible; pero
mi fuerza de gusano llena el inmenso orbe.
Toda mi vil materia Naturaleza absorbe,
mas queda la gran obra de mi ambición, vigía
de pie sobre los siglos en el mismo sendero
donde mi cuerpo es polvo y el alma fantasía.

El poder del trabajo que, férvido, me anima
creador como una mano de Prometeo, canta
desde la enorme cima
donde la obra de ningún dios se levanta;
canta orgulloso, canta,
y el gusano divino de la muerte lo lima.

Entonces, ¿de qué sirve tanto anhelo mundano,
tanto trabajo puesto al servicio divino?
Si debemos morir, gocemos bien lo humano,
brindemos con los vasos del griego y del romano,
deshojemos las rosas de todos los anhelos
y, sátiros, rasguemos de la vestal los velos
con nuestra propia mano.

Lo demás, gloria, ciencia, arte, sabiduría,
¿de qué sirven? Sabéis que los hombres más puros
beben cicuta junto al rumor de una orgía,
que los grandes ingenios, en la muerte triunfantes,
tienen hambre y padecen, — ¡oh, Miguel de Cervantes! —
que los nobles talentos mendigan a los necios
como el gran lusitano autor de "Las Lusiadas",
que hay un gran Cicerón callado por espadas
y hay un Shakespeare inglés que sufre los desprecios
de las turbas, un Dante que merece el destierro,
un Milton perseguido de miradas inciertas,
un Garcilaso que halla como honras un encierro
y un Lucano que muere con las venas abiertas.

Y después — ¡oh, ironía!, — laureles, oros, bronces,
mármoles del Pantélico y del Capitolino,
estatuas y odas; pero, ¿no es ya muy tarde entonces?
El polvo tiene oídos? ¿Siente el féretro? ¿Espera,
acaso, el ya podrido cuerpo un nuevo destino?
¿De qué sirven laureles para una calavera?

¡Oh, Dioses! Prolongadnos en la vida un instante
más después de la muerte. Decidnos si es que existe
otra nueva existencia, acaso interrogante,
para nuestra alma alada y nuestra carne triste.
Decidnos si por nuestras obras mereceremos
una vida mejor, pues derechos tenemos.
Explicadnos la ciencia de la materia nueva,

ya que el misterio astral nos arranca y nos lleva
a una sombra infinita. Decidnos si es escala
la virtud para hallaros, y si la gloria sobra
para gozar en medio del vago paraíso;
pues si no fuera así, ¿por qué el que el mundo hizo
se ha eternizado en Dios y contempla su obra
y vigila los siglos y las generaciones
desde el reino celeste de las constelaciones?

Dioses, dadnos la vida o, en cambio, independencia
de pensar y de obrar sin temor a lo abstracto.
que vuestro índice puro no nos señale el acto,
ni el simbólico ojo nos mire la conciencia.
Que, si buenos o malos tendremos igual suerte,
si llenos de placeres o de acciones virtuosas
hallaremos lo mismo una idéntica muerte,
preferible es gozar con la frente con rosas
entre estremecimientos de formas voluptuosas
cayendo, cara al cielo, despreciativo y fuerte.

Así, al menos, sabremos la moral de Epicuro
tan ajena a la ciencia de Platón. Nuestra vida
en un vértigo loco, será un ala florida
que toca lo impalpable; y el fatal claro-obscuro
de Eternidad, entonces nos recibirá llenos
de hastío, fatigados del voluptuoso aroma
del mundo, como un grupo de atenienses serenos
que en un festín despídense, condenados por Roma.

¿Qué la gloria eterniza? ¡Oh, Dioses! Cierto es; pero
así como la Grecia divinizaba a Homero,
como el sabio Aristóteles pasó a vivir de gloria,
como el noble Pericles halló un sitio en la Historia,
también habla la Historia de los Treinta tiranos,
de Moroveos francos y Tiberios romanos
y, cual si eso no fuera ya bastante, tranquila
repite el privilegio del caballo de Atila.

En fin, Dioses, oidme: No os pido mucho; quiero
saber si con vosotros existiremos. Día
llegará en que la carne, cansada del sendero,
se consumirá en humo, rumbo al otro camino;
si con vuestra balanza pesaréis la armonía
de nuestra vida humana bajo el cielo divino;
si con vuestros consuelos calmaréis los dolores
de la humanidad triste; si seréis con nosotros
siervos, como los unos, y amos, como los otros;
si cubriréis, sutiles, nuestras frentes heridas,
con flores;
si haréis de nuestras vidas
un virgen libro abierto
ante el gran panorama del espacio infinito,
o si sólo seremos un pobre libro escrito
que se arroja entreabierto
al desierto...

Si es verdad que sois dioses, si la tierra y el cielo
de vosotros dependen, si vuestra fuerza es grande
y se espande
en el aire y el suelo,
poder tendréis, también, para decirme todo
lo que pregunto. Hablad. Dioses, mi duda es mucha
y no hagáis, pues, que os vea cual ídolos de lodo:
Dioses del cielo, un hombre de la tierra os escucha!

Atentos escucharon
los Dioses a aquel hombre, y quedaron pensantes.
El átomo alzó a ellos los ojos suplicantes,
y los Dioses callaron...

¡Y todo para eso, Señor!

¡Y todo para eso, Señor:
para morir!... ¡Oh, cuánta vanidad
va dejando la humanidad
a su alrededor!...

¡Y todo para eso, Señor,
para morir!
¡Y para eso tanto dolor
y tanto sufrir!

Ayer nuestra carne sexual,
y nuestro espíritu triunfal,
y nuestra ambición inmortal,
y nuestra riqueza real;

y hoy, un despojo de ataúd,
un resíduo de humanidad...
¿Qué queda de esa juventud?
La tumba, que es la vanidad.

¡Y para eso tanto dolor
y tanto sufrir!

INMORTALIDAD

Inmortalidad

La carne pasa y el gusano juega
con ella. Todo. luego, es polvo y nada.
Lo demás, vanidad que se despliega
en pompa necia y alocada.

Sólo queda la obra coronada
del espíritu inmenso, que en la ciega
sombra pasea la triunfal mirada
como una luz que se posa en la Omega.

Atomo somos y maraña;
pero nuestra alma a veces es montaña
plantada de los siglos en las puertas.

Y Homero y Dante, Shakespeare y Cervantes,
por esa ley, vivirán más gigantes
mientras más caigan las edades muertas.

Gloria

En el bronce, en la piedra, en el mármol,
en el corazón de los pueblos,
queda la gloria de los hombres
desde los sabios hasta los héroes.

Pasan siglos y vienen siglos,
y la gloria en los mausoleos,
es ceniza; pero allí la Historia
entra en puntas de pie y exige un solemne silencio

¡Oh, inmortalidad del gusano
que se arrastra hasta el firmamento
por un rayo de sol, y queda
inmóvil, pero con los ojos abiertos!

El hombre grande, sabio y justo,
tiene un astro por esqueleto:
cae la materia mortal,
y surge el inmortal reflejo...

Nuevas opiniones, impresiones y fragmentos de notas universales sobre el autor de

"LA VENECIA DORADA"

FRANCIA.—De Vargas Vila.—No pasa todos los días cerca de nosotros un gran Poeta; y si pasa, es necesario detenerse ante él con admiración, y saludarlo — eso hago hoy; — pasa Bartolomé Galíndez con un libro de versos en la mano: "Poemas Modernos y Exóticos"; saludo al gran Poeta.

Rubén Darío puede dormir tranquilo en su tumba; ya tiene un sucesor digno de continuarlo y superarlo—más fuerte, más viril, más multiforme que él, y con un mayor caudal de metros y de audacias; — aquel Narciso Cisne, que al mirarse por última vez en los cristales de su patrio lago se hundió para siempre en él, siendo como un rayo de azul diluído en el azul de las ondas armoniosas, dejó muchos imitadores, muchos discípulos, pero muy pocos o casi ningún rival — hoy aparece éste con Bartolomé Galíndez. — No tengo el tiempo de estudiar la obra armoniosa y sutil, donde sobre el granito del Verso se extiende el ala corva del Ensueño y se alza la llama viva del Ideal; saludo al Poeta y agradezco el libro. Merced a él he sentido raras emociones de arte y un largo vuelo de ilusiones ha pasado por sobre la fatiga de mi corazón.—De "Némesis". París, 1920.

FRANCIA—De Manoel Gahisto.—Ya tuve el placer, tiempo atrás, de acusarle recibo de su libro de poemas "La Venecia dorada", que Vd. ha tenido la amabilidad de enviarme. Yo amo hondamente el grado de fantasía y belleza que adornan sus poemas, y no sé si Vd. habrá recibido un número de la revista "La Vie", en la cual inserto una traducción de una de sus composiciones: "Las aldeanas". Haré varias traducciones de su libro.—París, 1920.

FRANCIA. — De Napoleón Pacheco—Saludo en el autor de "La Venecia Dorada", a un poeta vigoroso y renovador. Hay en su obra cierta emotividad que recuerda a los cantores belgas contemporáneos, a Maeterlinck, y cierta energía espiri-

tual que, como en sus versos de "La sombra", trae a evocación la figura del viejo Whitman, el aeda yanqui. La metáfora suya es brillante, sumamente atrevida y de un color que no se detiene en el matiz. Además, tiene usted, como los románticos, el instinto del lujo, característico en los artistas poseedores de un sentimiento aristocrático de la Belleza.—París, 1920.

FRANCIA. — De Helêne Brugnón. — Este ilustre poeta argentino, ya conocido del público francés por haber colaborado en algunas revistas de París — además, Point y Gahisto han traducido a nuestra lengua algunos de sus versos, — se dibuja ahora más definitivo que en su obra anterior, un tanto desorientada por excesivos exotismos, en su último libro "La Venecia Dorada". Tiene geniales rasgos de imaginación, colorido atrevido, belleza fina, emoción honda, figuras bien dibujadas, léxico, motivos, ritmo y giros magníficos. Soy una convencida de que Bartolomé Galíndez, exquisito por excelencia, es el más grande de los nuevos poetas de América.—De **"Soleil"**. París, 1920.

ESPAÑA.—De M. Forcada Cabanelles.—"La Venecia Dorada" es fruto de la clara inteligencia de un hombre dotado de gusto exquisito y delicada sensibilidad. Bartolomé Galíndez pulsa las mágicas cuerdas de su lira con suavidad sutil y hondo sentimiento. Ha bebido "en el arte por excelencia, la suprema realidad de lo bello" en las patinas relucientes de Rubén y D'Annunzio, habiendo regenerado su espíritu, ávido de renovación y modernidad, con nuevos y aromáticos licores, alejándose sin temor de los de sabor rancio, prontos a desaparecer. Se remonta cada vez más alto, quiere cantar con libertad, logrando conseguir parte de su anhelo, desembarazándose de las trabas que sujetaban su espíritu y le impedían derramar piedras preciosas sobre los corazones sentimentales. Es este poeta argentino un joven rebelde, lleno de optimismo, que alienta y encamina a la moderna generación con gran fe y entusiasmo.—**"La Noche"**. Sevilla, 1919.

ESPAÑA.—De "Nuevo Mundo".—Bartolomé Galíndez, poeta, autor del libro de versos "La Venecia Dorada", que está siendo muy elogiado por la crítica literaria, y en el que demuestra su autor excepcionales dotes para la lírica. — Madrid, 1920.

ESPAÑA.—De la condesa de Pardo Bazán.—Mi mala salud no me ha permitido hasta hoy leer su libro "La Venecia Dorada". Sólo lo he hojeado y lo hallo demasiado original. Sus "Poemas del Cid" los juzgo dignos de figurar en las mejores antologías castellanas. Gracias, pues, por su libro, que

leerá con sumo interés la condesa de Pardo Bazán. — Madrid, 1920.

ESPAÑA.—Del Excmo. Sr. Conde de las Navas.—El conde de las Navas, bibliotecario mayor de Su Majestad, saluda al señor don Bartolomé Galíndez y le da las más expresivas gracias, en nombre de S. M. el Rey, y en el propio, por el presente de un ejemplar de su bello libro "La Venecia Dorada", esmaltado con el retrato y dedicatoria autógrafa de su inspirado autor.—Palacio Real. Madrid, 1920.

ESPAÑA.—De Jean Estelrich.—Entre los continuadores de la renovación poética llevada a cabo por Rubén Darío a la lírica hispano-americana, y que más que una renovación es un trasplante de temas nuestros, adquiere en ella propias fulguraciones Bartolomé Galíndez. Es éste un espíritu generoso, perfecto hombre de letras. Mecenas de la nueva generación de su país. El Inca en Galíndez es fuerte y el paje es sonoro. El primero se dulcifica en el segundo y el segundo se fortifica en el primero.—**"La Veu de Catalunya"**. Barcelona, 1919.

ESPAÑA.—De Jean Estelrich (II. Continuación del artículo anterior. Fragmento).—Por una metempsícosis continua, el poeta se encarna en los motivos exóticos de preferencia orientales. Lleva en su libro un fastuoso museo de tópicos poéticos asignados por causas universales a la característica pintoresca de cada civilización y pueblo. Un índice de los temas de Bartolomé Galíndez formaría un programa de historia, de fausto, de amor y de gloria. En esto supera la pasión exótica de Rubén Darío. Rey y señor del ritmo proclamaríase a Bartolomé Galíndez. El ha continuado la "plascevola tasca" en el telar que Rubén Darío tejía musicalidades y formas nuevas.—**"La Veu de Catalunya"**. "Lletres americaines". Barcelona, 1919.

ESPAÑA.—De Jean Estelrich.—Este nuevo libro de poesías es ya una obra de maestro. Densa, de intenso sentimiento lírico, proyección de la fantasía sobre los incomprendidos mitos lejanos, sobre las eternas universales formas de la belleza; afirmáis en ella vuestro numen y nos ofrecéis tácitamente la promesa de una originalidad más que formal, de una verdadera nueva estética lírica. Este libro, en fin, me dará ocasión de completar, en sentido justamente meliorativo, la crítica del libro anterior aparecida en **"La Veu de Catalunya"**. Barcelona, 1919.

ESPAÑA.—De Ramiro Torres.—Es grande y digna de toda admiración su obra, mi querido compañero. Es usted lo que se llama un gran poeta, y puede figurar con honra junto con

José Santos Chocano y con Guillermo Valencia, al lado de los más grandes líricos del Nuevo Mundo.—Madrid, 1919.

ESPAÑA.—De Isaac del Vando Villar.—He recibido su libro "La Venecia Dorada", en cuya tapa aparece usted bello y grave como el príncipe Hamlet de la leyenda. Es usted el más grande poeta de América. Sus versos son tan sublimes como los de Verlaine y Darío.—Sevilla, 1919.

ESPAÑA.—De Eduardo Escobar.—Desde hace tiempo que conozco y sigo de cerca la labor intelectual de este poeta (un "arc en ciel"), poeta de actualidad comentado y discutido que, a no dudar, saldrá triunfante en la cruzada. Conozco sus prosas como sus versos, cúmulo enorme de conocimientos, poderosa erudición, viajero incansable, peregrino de las luminosas empresas líricas. Su prosa independiente, nueva, algo exótica, ostenta su sello de buena ley, y su verso, con tendencia modernista, coros de múltiples sones, cabalga en ágil bebedor del viento como en un Pegaso sublime. Siga su marcha por el camino de luz.

Varias obras poseo de este joven innovador, todas de legítimo oro y de positivo valor artístico, y, por la hidalguía de sus cartas, lo considero un buen amigo; nos apretamos las manos sin conocernos, y algún día tal vez lo hagamos personalmente en la ciudad de Buenos Aires. De "Poemas Modernos y Exóticos" me queda aun el sabor de una fruta exquisita, perdurable. Notables son sus modificaciones métricas. De él han dicho mejor que yo en distintos puntos de América y Europa, juicios encomiables. Ha ungido la montaña. Para mí es un portador de un rico cofre de riquezas. El no pone, como Heine, sus cantares en un féretro. Acercaos. El los lleva adonde el brillo y las lenguas saludan con vibradora hermandad.—Del libro **"Colores"**. 1921.

ITALIA.—De Loredano Folgore.—He recibido vuestra "Venecia Dorada" y "Nuevas tendencias". Lo uno es interesantísimo y digno, por estar lleno de revisación, de datos y noticias, todo perfectamente escrito. Vuestro bello libro de versos está brillante de un hermoso conjunto de arte antiguo y moderno, de parnasianismo y de futurismo. Mis votos por el coraje de su tendencia, la primera después del romanticismo, que abre, con la futurista, la orientación típica y una era de renovación mundial.—Milán, 1920.

ITALIA.—De F. Cangiullo.—Su libro, genial poeta, es una maravillosa revelación para nosotros.—Nápoles, 1920.

ITALIA.—De D. Salvo, director de la Real Biblioteca de Palermo.—Iltmo. Sr. Bartolomé Galíndez: Agradezco sentidamente a V. S. el ejemplar de "La Venecia Dorada", que se

ha servido mandar a esta Biblioteca, honroso presente que demuestra una alta mentalidad. Palermo, 1920.

ITALIA.—Del Dr. Guido Biagi, director de la Real Biblioteca Médica Laurenziana.—Iltmo. Sr. Bartolomé Galíndez: Me honro en anunciar a vuestra señoría ilustrísima el recibimiento de un volumen de "La Venecia Dorada", gratísima donación por tratarse de una obra interesante, que me place acoger con las más vivas gracias.—Florencia, 1920.

PORTUGAL.—De N. Proence, director de la Biblioteca Nacional de Lisboa.—Excmo. Sr. D. Bartolomé Galíndez: Agradezco y subscríbome muy reconocido por el ejemplar del bello libro de versos "La Venecia Dorada", que V. S. tuvo la suma amabilidad de enviar a esta Biblioteca. Trataré de hacer conocer su bella obra en esta nación.—Lisboa, 1920.

ALEMANIA.—De Bernhard Schadel.—El director del Instituto Ibero-Americano saluda al muy ilustre señor don Bartolomé Galíndez y, en nombre de la Junta, con el mayor gusto agradece el envío de la importante publicación "La Venecia Dorada", de la cual se servirá sacar el beneficio correspondiente para la gaya ciencia. Bernhard Schadel aprovecha la oportunidad para expresarle sus sentimientos de mayor aprecio y consideración.—Hamburgo, 1919.

HOLANDA.—Del director de la Bibliotêque Royale.—Ilustre señor Bartolomé Galíndez: Agradezco a usted el gentil obsequio de su hermoso libro, por el cual doy a usted las gracias más expresivas. Quiera creer en mi devoción. — La Haya, 1919.

SUIZA.—El Director de la Bibliotheque de la Ville.—Saluda al ilustre escritor Bartolomé Galíndez y le agradece su galano obsequio sonsistente en un hermoso libro de versos que su amabilidad verdaderamente argentina ha puesto en sus manos. — Ginebra, 1920.

BELGICA.—El Director de la Societé Belge d'Etudes et d'Espansión.—Saluda a usted con todo respeto y al acusar recibo de su libro de versos "La Venecia Dorada", se complace en felicitarle y expresarle su agradecimiento. — Lieja, 1920.

INGLATERRA.—De Ricardo H. Arámburu.—Hay una riqueza de vocablos realmente exuberante, que se encuentra esparcida magistralmente por todas esas admirables estrofas de léxico muy personal. Vislumbro en usted una gran fuerza creadora que le distingue de la pléyade actual en forma inconfundible. — Londres, 1919.

DINAMARCA.—De Carl Kjersmeier.—Mi querido amigo y camarada: He recibido el libro de vuestros hermosos cantos que habéis tenido la generosidad de enviarme. Las poesías

que habéis dedicado a mi patria, son, especialmente, muy buenas. Yo haré de vuestros versos varias traducciones para mi libro "Poetas del mundo", del cual publico una página semanal en una revista de Copenhague, en la cual ya me he ocupado de "La Venecia Dorada". Haré todo lo posible para que vuestra hermosa obra sea conocida ampliamente por mis compatriotas. Vuestro devoto admirador. — Kobenhaw. 1920.

ESTADOS UNIDOS.—Del doctor Tomás Walsh.—Mi querido poeta: Recibí con mucha alegría el ejemplar de "La Venecia Dorada", que tuvo a bien enviarme. He leído sus poemas con mucho interés, y me ha despertado usted una honda simpatía. En sus versos hay un extraordinario fulgor de fantasía y renovación y belleza. Es usted muy original tanto en su obra como en su persona, a juzgar por su fotografía, y si le viera por estas calles de New York, le reconocería.

Lo que sí lamento, que su libro me haya llegado un poco tarde. Tengo impresa mi "Antología Americana" y el último tomo en prensa. He hecho todo lo posible para que los editores agregaran a él un pliego de poesías suyas, que yo he traducido al inglés, pero ha sido imposible. Irán en la segunda edición. — New York, 1920.

ESTADOS UNIDOS.—De "Mercurio".—Era preciso que tuviéramos la investidura de cuanto se proponía este culto poeta argentino, Bartolomé Galíndez, al lanzar a publicidad sus "Poemas Modernos y Exóticos", para comprenderle y llegar a admirarle con toda nuestra devoción. Los versos de este moderno efebo, cautivan, sugestionan, embelesan. Si queréis un verso flúido, terso como el cristal de un lago, leed sus poemas modernos, que son un galardón de la lírica argentina. Es un pagano y apóstata del siglo XX, etc. — Nueva Orleans, 1920.

MEXICO.—Del Excmo. Sr. Ministro de México en la Argentina, doctor Enrique González Martínez.—Aún en los espíritus que son vaso de elección, la impericia de los pocos años nos veda el sabor íntegro de la obra de arte. Confesemos que nos fatiga pensar en el lento proceso de purificación, y nos estorba apartar brozas en busca de diamantes. Por eso, cuando tropezamos con la obra ya realizara de una jugosidad lírica indiscutible, con una juventud palpitante de frescura y con una comprensión lograda, sin balbucientes fragilidades, sin torpezas que nos obliguen a concesiones benignas, el alma se pone a temblar y no duda un instante de lanzar la nueva jubilosa: he aquí un poeta.

Estas palabras admirativas y no proféticas nos las arranca el libro "La Venecia Dorada" de un argentino cuyo nombre, de seguro desconocido en México, habrá de sonar muy

pronto en alas de la fama por todo el Continente americano que hoy glorifica el arte lírico en la figura insigne y simbólica de Amado Nervo. Todavía hay rosas para los grandes poetas, aunque no empuñen la espada dannunziana y se limiten a cantar, a soñar y a desvanecerse en suavidad infinita como en el eco de su propio canto.

Este poeta, cuyo segundo libro acabo de leer y cuyo númen me ha cautivado, se llama Bartolomé Galíndez. La distinción espiritual de este artista, su gallardo y señorial dominio de las formas, su visión rica y amplia, su harmonía interior, su fuerza expresiva, son cosas tan patentes, que "La Venecia Dorada" más parece una meta que una ascendente iniciación.

El retrato que aparece en la portada, confirma el decir de uno de los panegiristas:

> "Con su gesto de Apolo desterrado
> por su senda de luz pasa el poeta."

El rostro anuncia y el libro confirma. El poema "Autocrítica", que sirve de introducción al libro, nos define, hasta dónde es posible la orientación estética de este espléndido númen auroral:

> "Veintidós años, mezcla de griego y ermitaño,
> con el olor a sangre de Medio Evo;
> capitalización de estudio en cada año,
> y un anhelar romántico de príncipe y efebo
> etc. ... ..."

Un exotismo fundamental y sincero, hay en las hermosas páginas de "La Venecia Dorada", pero corre en el alma de esa tendencia exótica, un helénico soplo, claro y harmonioso, que es como el motivo central; un helenismo no forjado en alardes eruditos, ni con reminiscencias de segunda mano, sino hecho de intuición y de simpatía. No es la Grecia decorativa ni el pastiche francés recalentado, sino la resonancia íntima y la evocación fraterna. Sólo ciertas escenas y tal cual serie de nombres griegos delatan de vez en cuando el artificio.

Y sobre todo eso, sobre los temas medioevales, sobre las leyendas del Norte, sobre el lirismo literario, sobre el exotismo libresco, la emoción, una profunda emoción humana, y la forma, una forma personal y magnífica, sin "parti-pris" de antitradicionalismo, pero llena de ansias de innovación.

Sorprende la pericia de este poeta casi adolescente, su sentido del ritmo, la forma segura de amoldarlo a la emoción recóndita:

"Mi alma era una azulada galería
abierta al sol del ideal,
a la luna opalina,
al ruido del trueno y al sonido del mar
etc. ...."

Tiene este poeta excelencias de formas que no se gastan en vanos alardes técnicos, sino que, sabiamente, se acoplan al sentido poético. En los metros usuales encuentra acentuaciones llenas de encanto y de novedad como en estos dodecasílabos:

"Mármoles, bronces, que encarnan el idilio,
puentes tendidos en ríos de ilusiones,
y la armonía de Píndaro y Virgilio
entre las cuerdas de las constelaciones."

A veces logra admirables efectos con la suavidad de la asonancia, como en el poema que dice:

"Hermana lírica y florida,
ya viene el monje del invierno...",

y otras veces halla en los viejos moldes métricos, efectos conseguido sin violencia y logrados a fuerza de don musical y sugestión fonética. Añádase a esto su firme visión plástica:

"De pronto, por la puerta apareció un guerrero
de poderosos músculos, rudos como un peñasco:
era Marte. Vestía su coraza de acero,
y un buitre desde el hombro le picoteaba el casco."

¿Influencias? Darío, y, a través de Darío, el gran tesoro lírico de Francia que el bardo nicaragüence supo ofrecer a la avidez de las almas americanas. Pero hay que convenir en que, más que la influencia, échase de ver un misterioso parentesco espiritual entre el joven y el maestro. Como el antor de "Azul", tiene Galíndez el don harmonioso y melódico, la gracia firme, el verso poliforme, la amplitud rítmica y la emoción libre de la cursilería sentimental. La trascendencia grave y profunda, la pureza límpida, el acento profético, del poeta

de "Cantos de Vida y Esperanza", vendrán a su tiempo, cuando vuelen ante su trémula inquietud las hojas otoñales.

El libro del poeta argentino es una maravillosa revelación. Nada hay en sus páginas que no sea un augurio de un lírico grande y definitivo. — "El Heraldo de México", México, 1919.

COSTA RICA.—De Rogelio Sotela.—Le escribo sereno el ánimo y deseoso de saludar al maestro joven y atrevido: Amigo mío, ¿de qué dios desconocido tomó usted esa modalidad artística de su "Venecia Dorada"? ¿Qué extraño Cellini le puso en las manos esas gemas sonoras con que ha engarzado usted ese rosario de poesías? En la "Autocrítica", no está sólo el modernizador, sino, además, el innovador y el artista verdadero. También quiero admirar sinceramente su labor de hispanista, o de tradicionalista, no a lo Castillejo, sino a lo suyo. Me recuerda usted la hazaña de don Eduardo de la Barra, que reconstruyó la página perdida del Cid y que burló, aún, a los eruditos españoles. Cualquier día se nos cuelga usted por el mismo camino y nos presenta un romance morisco auténtico e inédito. Esta tendencia lo acaba de revelar a usted como verdadero gran artista. — San José, 1921.

COSTA RICA.—De M. Vincenzi.—Usted es un escritor desconcertante y un ideólogo flexible, sutil y duro. Raro, es decir, tiene caracteres bien definidos, y se le distingue por su personalidad vigorosa y sincera. Usted es sincero, debo expresar, usted es artista y de los que llegarán a orientar las futuras generaciones de esta América. Fuerte, sugestivo, dominante, usted es cumbre, y habrá necesidad de ser águila para llegar a usted. — San José, 1920.

CUBA.—De Paulino G. Baez "Costalia".—Hay que estar frente al mar para contemplar el mirífico espectáculo que nos ofrece esta "Venecia Dorada" en que estuvo encerrado — como en una atalaya de marfil — este genial poeta que responde por Bartolomé Galíndez. Bartolomé Galíndez es, actualmente, el poeta modernista de más personalidad y orientación. Reune condiciones excepcionales para ser un magnífico cincelador del verso, capaz de implantar su escuela propia. Labora mucho. No se cansa nunca. Su espíritu es de Esparta; su corazón romano. Es muy del siglo XX y está lleno aún del siglo XV. Múltiple poeta, resulta en estos tiempos una "rara-avis". Es un poeta revolucionario... — Habana, 1920.

CUBA.—De César Luis de León.—He conocido y gustado de su armónica rima. Un libro suyo, donde un Canto a la Argentina es a manera de verja de oro de ese jardín por donde crucé henchido de savia nueva, me ha hecho conocerlo;

y una nueva y robusta orientación definitiva, he podido adivinar en sus modernas composiciones. — Camagüey, 1920.

REPUBLICA DOMINICANA.—De Carlos Sánchez y Sánchez.—He tenido el placer de leer en la revista "Letras" de Blanco Fombona, algunas de las composiciones de su libro "La Venecia Dorada"; y he encontrado que esta obra es superior a la anterior, logrando usted lo que debe ser el ideal de todo artista: superarse a sí mismo en cada nueva obra. Veo que es usted de la madera de los grandes poetas. — Santo Domingo, 1920.

REPUBLICA DOMINICANA.—De H. Blanco Fombona. "Letras".—...Se llama la "Venecia Dorada". Su autor es conocido del público dominicano. Ha publicado algunos versos en esta misma revista. Su libro anterior, también de versos, "Poemas Modernos y Exóticos", suscitó una discusión entre el maestro García Godoy y dos de nuestros más talentosos jóvenes de la última generación intelectual. La "Venecia Dorada" es un libro nutrido de versos. No hemos podido leerlos todos, pero por los que hemos leído, afirmamos, que las esperanzas de que había aparecido un buen poeta, están, por esta segunda, confirmadas. — Santo Domingo, 1920.

SANTO DOMINGO.— De F. García Godoy. "Letras".—...Bartolomé Galíndez es un escritor argentino de mucho talento y bastante cultura. Hay en él hervor muy atractivo de savia juvenil. Bartolomé Galíndez figura honrosamente en la legión juvenil hispano-americana que marcha a la vanguardia por la vía de lo que cree positivamente que representa algo nuevo en el campo del Arte...

CHILE.—Del doctor R. Fontecilla Riquelme.—...Me agrada mucho su "Venecia Dorada", por su originalidad elegante, con Manuel Magallanes Moure, uno de los más respetados poetas chilenos hemos comentado su obra en forma muy halagadora para usted. Francisco Zapata Lillo, otro escritor también de San Bernardo, y que tiene gran admiración por la juventud intelectual argentina, me encargó que lo felicitara... — Los Andes, 1921.

CHILE.—De Julia Saez, "Ultimas Noticias".—Galíndez me hace pensar en esas montañas gigantescas que yerguen en son de reto sus cumbres altivas, frías e indiferentes y que, a la luz de los crepúsculos, se suavizan mansamente o se deshacen en la corriente amorosa de algún manantial... Poesía honda, poesía deliciosamente ribeteada de audacia... — Santiago, 1920.

CHILE.—De Stella Galdamés. "Coquimbo".—Para muchos, quizás sea desconocido el nombre de este bardo argentino.

Sin embargo, en Chile tiene un escogido número de lectores y admiradores. Su nombre suena en América como una campanada de gloria.

Galíndez es un escritor galano y correcto que se hace leer con cariño, atención y simpatía. Su libro viene precedido de honrosas opiniones sobre su obra anterior, "Poemas Modernos y Exóticos", formadas por plumas de renombre en la literatura americana. Gabriela Mistral, Araucana, Fontecilla Riquelme, Galión y muchos otros, se expresan en términos elogiosos de este gran poeta. Sus producciones poéticas están impregnadas de originalidad y vigor. El pensamiento, el fondo y la forma, son suyos, muy suyos. El colega argentino ha triunfado y triunfará siempre porque en su cerebro anida el saber, en su corazón el amor y en su alma la nobleza y la lealtad... — 1919.

BARTOLOME GALINDEZ

(Del libro "Vendimia")

Cual Rubén este bardo es un gran hierofante.
Ama el verso rotundo y las ninfas de Paros;
de las Diosas se siente más amado y amante,
y su blasón prestigian los ensueños más raros.

Contempladle en su carro de estrellas rutilante
como Antonio esgrimiendo la fusta redentora;
o en el blanco Pegaso de Apolo deslumbrante,
cabalga el favorito del sol y de la aurora.

Las musas apolíneas amantes de su estro,
vivirán proclamando al fastuoso maestro
que, con manos dilectas, les tocó el corazón.

Los lauros argentinos han orlado su frente,
y su musa persigue por los cielos de Oriente
"la libélula vaga de una vaga ilusión"...

Paulino G. Baez.

Habana (Cuba), 1920.

A SOLAS CON TUS VERSOS

Al sublime cantor de

"La Venecia Dorada"

En el rincón más solo del jardín
bajo un techo de aroma y de jazmín,
me he sentado a leer esta mañana
la "Venecia Dorada". Me he creído pagana
vistiendo larga túnica de lino
y danzando a la vera del camino
los bailes griegos. Me creí princesa
del remoto país de la armonía;
y he soñado con ser una de esas
aldeanas que beben en la mano
el agua de la fuente. Mi alma se creía
una pequeña estrella del azul
mientras surcaba el cielo soberano
la barca de Galíndez — el hermano —
cubierta toda de argentado tul.

¡Oh, qué bello es pasar una mañana
a solas con mi alma y con los versos
tan sublimes, tan bellos y tan tersos
de Galíndez, en tanto sopla ufana
la brisa matutina, y el jazmín
embalsama de aromas el jardín!

Elina Dillón Segovia.

1921.

BARTOLOME GALINDEZ

Mago de la harmonía melodiosa,
sacerdote de amor y poesía,
trovero y paje de la fantasía,
caballero glorioso de la Rosa,

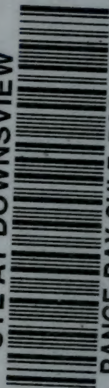
tu frente altiva y tu mirada ansiosa
brillan bajo la clara luz del día,
y va dejando la melancolía
en tus versos su estrella luminosa.

Dulce romántico en la patria hermana,
trovero de una estirpe veneciana,
soñador peregrino, la Belleza

te llevará a la gloria que, con fieles
manos coronará con sus laureles
tu bella frente llena de tristeza.

Margarita Flores Morales.

Lima (Perú), 1921.


UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 10 12 02 13 018 4